TEMAS SEXUALES



A. MARTIN
DE LUCENAY

1'25
PTS.

la pornografía

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

39

A. MARTIN DE LUCENAY

LA PORNOGRAFIA

La pornografía en las religiones.—Pornografía y desnudez.—La obscenidad en la imagen y el libro.—Pornografía y civilización.—Espectáculos y periódicos.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
DICIEMBRE 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

¿Qué es la pornografía? Esta pregunta es muy difícil de contestar, y hasta cabe decir que aún no ha podido ser definida exactamente. Ateniéndonos a su etimología, diremos que procede de las voces griegas porne, *prostituta, y* grapho, *escribir. Según esto, es pornógrafo todo el que escribe acerca de las prostitutas, y pornográfico, cuanto se refiere a la prostitución.*

Esta definición, no obstante, es bastante pobre y no puede abarcar, con arreglo a sus bases etimológicas, lo que se entiende por pornografía, que no sólo se concreta a lo escrito, sino que trasciende a las representaciones gráficas, en cualquiera de sus formas, y abarca a todo aquello que se refiere a la sexualidad.

Tal teoría, por demasiado amplia, resulta ya incorrecta. Sin salirse para nada del terreno austero de la ciencia, una obra puede ser tachada de pornográfica y de improcedente, y no digamos nada si, en lugar de un libro o una disertación científica, se trata de una expresión artística.

En la catalogación de lo pornográfic, de lo obsceno y lo erótico, interviene siempre de una manera más destacada la intención del que lo aprecia que el móvil que indujo al escritor, al hombre de ciencia o al artista, a asociar a sus producciones ese elemento pecaminoso que los imbéciles quieren ver en lo que no es más que la exposición serena y meditada, no ya de aquellas partes u órganos del cuerpo que son absolutamente naturales y necesarios, sino de las funciones biológicas que están llamados a desempeñar.

En la Biblioteca Nacional de Madrid, tuve necesidad, hace un año, de consultar un tratado de Obstetricia, del gran maestro que fué el doctor Recaséns. Observé, con tanto dolor como indignación, que del libro faltaban todas las páginas que se referían a la anatomía y fisiología de los órganos genitales externos femeninos de la pro-

creación. Las páginas habían sido cuidadosamente cortadas antes de encuadernarse el libro, "porque eran pornográficas". Creo que, a pesar del tiempo transcurrido, el Tratado de Obstetricia, del doctor Recaséns, de la Biblioteca Nacional de Madrid, continúa brutalmente mutilado.

De forma que la pornografía, según muchísimos criterios cerriles de crasa incultura, se encuentra también en la ciencia. Nada hay respetable, ni el talento de los sabios, para el que, en un momento dado, puede erigirse en árbitro de la moral. Suprime o trata de suprimir aquellos caracteres o aspectos que a él le encienden en llamas de lujuria, sin duda, en virtud de ciertos estigmas degenerativos, convencido de que aquello que a él le excita tiene, forzosamente, que influir de la misma manera en la mentalidad de los demás. Después de todo, las intenciones de los pornófobos de oficio no pueden ser más plausibles; pero tampoco hay nada más injusto que esta intransigencia con las propias debilidades.

La definición que de lo obsceno hizo en el año de 1688 un autor alemán, y que en el año de 1933, o sea dos siglos y medio más tarde, tiene el mismo valor en nuestra moral, es la siguiente: "Son escritos obscenos todos aquellos cuyos autores, en discursos evidentemente inconvenientes, hablan descaradamente de las partes genitales, o describen actos deshonestos de seres lujuriosos e impúdicos, en forma tal, que las personas de oídos castos y delicados retrocederían espantadas si tales palabras se pronunciaran ante ellas." Esta teoría, aún imperante, especialmente entre los legisladores fosilizados que, en lugar de la espada de la Ley, esgrimen hachas de sílex, ha servido de pretexto para cometer innumerables injusticias, en las que no cabe apelación posible.

Hace muy poco tiempo, el ilustre catedrático de la Universidad Central y doctor en Derecho, don Luis Jiménez de Asúa, asqueado del panorama político de España, realizó por América una gloriosa escursión explicando las nuevas teorías del Derecho penal disertaciones que le valieron innumerables triunfos. Pero llegó al Brasil, el país más reaccionario del orbe entero, donde la incomprensión de las autoridades fué tanta—empezando por el Presidente de la República—que llegó a impedírsele que hablara, tachándosele de pornógrafo. Claro es que otro tanto se dijo del ilustre sabio en España; pero aquí ya no era la moral, sino la política de campanario lo que evidenciaba la insensatez del régimen.

Lo pornográfico es una cosa y lo erótico es otra. Por eso, los peritos forenses, que confunden lamentablemente ambos aspectos, emiten diversas opiniones, no siempre acertadas, cuando se trata de estudiar cualquier obra calificada de obscena. Lo obsceno, digámoslo de una vez, no puede ser más que el libro, la obra pictórica, el espectáculo, etc., que se ejecutan con el único y exclusivo fin de excitar la sexualidad, tratando de despertar en el hombre los impulsos lúbricos más crudos.

Esto, y no otra cosa, debe entenderse por pornografía, pues con ella queda excluído todo aquello que alude a la cuestión sexual, ya sea en nombre de la ciencia, el arte, la literatura, de la religión, etcétera, pues no hay que olvidar que en la misma Biblia hay pasajes de una obscenidad perfecta, siempre que queramos analizarlos desde ese punto de vista.

Un viejo adagio castellano dice que "todo es según el color del cristal con que se mira". Dentro de este dicho vulgarísimo, sería posible incluír a todas las modalidades de la cuestión sexual, desde el detalle anatómico hasta el pormenor fisiológico de los órganos de la reproducción. A mí me han preguntado solemnemente en un Juzgado si era cierto que nuestro propósito, al escribir la presente obra, que en la actualidad se está traduciendo al francés y al alemán, era el de "fomentar la inmoralidad". Esta pregunta, inspirada en la denuncia de un reaccionario extranjero, implica tanto como un insulto hacia nuestro país, en el que, a juicio del denunciante, la inmoralidad es un hecho que nosotros, conscientemente, nos encargamos de fomentar.

Pues bien, a juicio del denunciante, estas cuestiones no pueden, en manera alguna, mirarse con un cristal de otro color que el más rojo; es una apreciación particular de un moralista poco diplomático de Gobierno dictatorial. Y si Jiménez de Asúa fué perseguido por hablar en nombre del Derecho, ¿qué no harían con nosotros, que hablamos en nombre de la Moral natural?...

Así, pues, la pornografía es una cuestión de apreciación en la inmensa mayoría de los casos, aspecto de la vida sexual, que tiene infinitas modalidades, muy difíciles de catalogar sin incurrir en la injusticia o, cuando menos, en el ridículo; porque, repitámoslo:

En este mundo traidor,
nada es verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.

LA PORNOGRAFIA EN LAS RELIGIONES

Las fuentes de inspiración erótica.—¿Dónde está la obscenidad?—Definición apropiada de la pornografía.—La pornografía por razones de Estado.—En la Iglesia moderna.—Lo que justifica la natalidad.—Guerra al celibato. Los sacerdotes franceses.—Pornografía de las «buenas letras».—Lugar y tiempo.—La Biblia. Las narraciones pornográficas.—Los místicos obscenos.—Razones de esta literatura.—La Biblia contra la mojigatería.

Cualquier expresión, la menor frase, la anécdota menos mal intencionada o el dibujo más inocente, pueden representar el punto de partida mejor definido para determinar una fuerte excitación sexual despertando en el individuo los impulsos de la animalidad erótica.

La mentalidad de todos los seres no está equilibrada por igual, y la predisposición primitiva, el estado de ánimo, una emoción particular o la influencia de un recuerdo, pueden asociarse a la sexualidad, a la libídine, si queremos decirlo más "pornográficamente", para determinar un impulso violento que buscará, ansioso, un método de satisfacción proporcionado al volumen de las excitaciones que lo mueven.

Las fuentes de inspiración erótica pueden ser tantas y tan diversas las excitaciones que de ellas se derivan, que el lector que haya leído con algún detenimiento el volumen dedicado al estudio del fetichismo erótico, habrá podido ver con cuánta facilidad puede encontrarse un símbolo, a veces sin que para ello sea preciso realizar el más mínimo esfuerzo imaginativo. Yo he conocido a un señor, normal desde todos los puntos de vista, que, para excitarse sexualmente, no tenía necesidad de leer libros, oír conversaciones, ver cuadros o presenciar espectáculos francamente pornográficos: para lograr la más violenta excitación de sus impulsos sexuales, le bastaba con detenerse ante un escaparate donde hubiese expuesta una pierna artificial enfundada en una media de seda.

Como este individuo hay muchos, sobre todo cuando falta muy poco para llegar al ocaso de la vida sexual. Y si, porque existan sujetos cuya excitabilidad sexual dependa de una visión tan simple, vamos a decir que es pornográfica la exposición de un comercio de medias, sería cosa de discurrir algo para que las mujeres nacieran sin piernas.

Yo estimo que, hasta cierto punto, la pornografía no es el relato crudo de los hechos sexuales, lo mismo que no puede decirse que sea pornográfico un desnudo de mujer: hay más pornografía en la reticencia, en el relato velado del literato fino y en la *deshabillée* femenina, aunque ninguno de los dos aspectos se refiera a los hechos específicos. Sin embargo, tampoco puede decirse que en ello exista la pornografía; lo que cabe asegurar, sin temor a dudas, es que las excitaciones que pueden producir esos dos motivos suelen ser más violentas que las inspiradas por los hechos claros. Lo pornográfico, entonces, es lo que hiere al buen gusto, por una parte, y lo que le halaga completamente: en este trance, ya vemos si es difícil decir dónde está la obscenidad.

En el primer caso, es decir, cuando lesiona los sentimientos etiestéticos, su misma crudeza sólo puede influir como excitante en los individuos de gustos groseros; porque una persona de temperamento sensible no dejará de sentir cierta repugnancia moral, que anula por completo o casi totalmente la predisposición erótica o voluptuosa; resulta que la educación es incompatible con lo obsceno. Y en el segundo caso, si lo que halaga completamente al buen gusto no vulnera a las mentalidades menos refinadas, nos encontramos con que la excitación se deriva de la contemplación de un aspecto que, al ser considerado como bello por los temperamentos selectos, es decir, perfectamente educados, la idea de pornografía se anula para dar paso al sentimiento o a la interpretación artística.

Estos razonamientos, perfectamente lógicos, no pueden ser igualmente eficaces para todos; porque, en muchos casos, justo es decirlo, la educación, la cultura, la moral y todos los sentimientos éticos actúan en una esfera que es independiente del temperamento sexual. En lo externo, no cabe duda que la cultura tiende a refrenar los impulsos naturales; pero en aquello que es instintivo e íntimo, ¿quién sabe qué influencias pueden ejercer las excitaciones externas, cuando vemos que hasta los hechos más simples se reflejan sobre la sexualidad con los caracteres más vigorosos?

La pornografía en sí, sintéticamente, no es o no debe ser otra

cosa que lo que se realiza por medio de la palabra, el escrito, la fotografía, la pintura u otro arte plástico, con la intención deliberada de producir la excitación del impulso sexual. Así se ha comprendido por los autores más imparciales de todo tiempo, y ésta debe ser la definición moderna de la pornografía. No obstante, también cabe la discusión, hasta el punto de que es posible demostrar que ciertas "razones de Estado" tienen facetas claramente pornográficas y de indiscutible utilidad, ya que si así no fuera, no serían utilizadas por los organismos más morales que rigen la vida de los pueblos.

Y si salimos del Estado, y nos metemos en la Iglesia, nos encontraremos con que, aparte de la Biblia, modernamente se ha recurrido a la pornografía, seguramente bajo la inspiración del Estado, por aquello de que la Iglesia aún sigue inspirando ciertas actividades estatales, especialmente en aquellos pueblos que no saben desenvolverse por sí solos, y, por tanto, precisan de estímulos e ingerencias que, si no siempre son beneficiosas, tampoco puede decirse que sean completamente perjudiciales.

A raíz de la Gran Guerra, cuando los pueblos de Europa vieron morir y quedar inútiles a tantos millones de hombres jóvenes, vigorosos y aptos para la procreación, se planteó el terrible problema de la despoblación y de la desnatalidad: era natural. La feroz contienda, lejos de llevar al ánimo de esos países el convencimiento de que la lección había sido dura y que, por tanto, no quedaban fuerzas, materialmente, para aventurarse en nuevas empresas bélicas, ocurrió todo lo contrario: el fantasma de otra nueva guerra, más horrorosa que la anterior, amenaza constantemente al mundo entero.

Todas estas consecuencias naturales de la lucha trajeron como resultado inevitable la baja de los valores económicos. Surgió el paro obrero, con sus aterradoras manifestaciones de hambre, enfermedades y miserias de todo género, y aquellos hombres, que quedaron inútiles para procrear, ante el fantasma pavoroso de su impotencia económica, no tuvieron más remedio que hacer matemáticas con el amor. Amar, sí: el impulso natural no puede contenerse. Pero procrear, como consecuencia de la práctica de ese amor, no; esto es antieconómico y suicida. Hubo que poner un límite a las energías procreadoras en que durante miles de años se desbordó la Humanidad; porque, más o menos fácilmente, nunca faltaron del todo los elementos necesarios para hacer frente a las consecuencias de esa actividad procreadora.

Este gran problema quedó planteado en forma tal, que no será posible solucionarle. La enorme masa trabajadora o productora de todos los países, el proletariado, tenía al amor, de una parte, y a sus consecuencias naturales, de otra. El hecho de crear un hogar acarrea gastos y obligaciones para las que la economía media no sirve; para casarse hace falta dinero, empezando por la Iglesia o el Juzgado, y terminando por los gastos del refrigerio nupcial. Pero es que si con esto se hubiera solucionado todo, menos mal; mas la instalación, las enfermedades, los partos y la crianza y educación de la prole, que, naturalmente había de llegar, ¿no obligan al proletario, al hombre de economía o posición media, a ser prudente y previsor?...

Francia, Alemania, Bélgica y otros países, idearon un sinfín de procedimientos para facilitar a los jóvenes aptos para dar hijos sus uniones legales. En España se creó un impuesto de soltería y se instituyó la gran inmoralidad de los subsidios a las familias numerosas. No se ocuparon los legisladores de vigilar esa procreación estimulada con calderilla, sino que la finalidad esencial estribaba en que se fabricasen muchos hijos, siempre dentro de la moralidad impuesta por la Iglesia. Así sucede que los productos de esas uniones, en su mayoría, era preferible que no hubiesen nacido.

Ahora mismo, hace unos días, nos llegan noticias de Italia que dicen que los individuos solteros de ambos sexos perderán yo no sé cuántos derechos civiles y políticos: hay que casarse o, mejor dicho, hay que fabricar hijos. Se necesitan muchos hombres para asesinarlos en los campos de batalla en la gran contienda que se avecina. El caso es dejar fecundadas a unos cuantos millones de mujeres, para que los fecundadores puedan marchar tranquilos al matadero y para que el Estado paternal, cuyos hombres son ricos, se froten las manos, henchidos de satisfacción y de patriotismo, ya que sus hijos, si los tienen, siempre están a tiempo de emboscarse en los puestos de retaguardia a los que nunca llega el humo de los tiros ni los lamentos de los agonizantes.

No necesita el lector ser un lince para comprender que con lo dicho, queda bien preparado el terreno para entrar en materia, esto es, para hablar con facilidad de los aspectos "pornográficos" de la actividad de los Estados natalistas.

En Francia se ha hecho una propaganda enorme acerca del *matrimonio de ensayo*, esto es, preconizando las uniones libres, fundándose en la razón de que este es un camino que conduce a la

felicidad conyugal. Por otra parte, no hay un país en el que más se persiga la contranatilidad y con más rigor se castiguen el aborto, la venta de los contraconceptivos y todo cuanto se oponga, en algún aspecto, a la no procreación. En libros, conferencias, fotografías, etc., se cantan las excelencias del amor sexual, de la vida conyugal, del amor-amistad y de todo aquello que tienda a realizar la aproximación de dos individuos del mismo sexo. Se habla, incluso, de la poligamia; la formidable razón musulmana de que el hombre puede engendrar al año 365 hijos — 366 si el año es bisiesto—mientras que la mujer no puede parir y atender más que a uno en el mismo plazo de tiempo, es la teoría más frecuentemente esgrimida por los entusiastas de la natalidad. Igualmente, se invoca esa necesidad de variación, que es biológica en el hombre, con lo que se pretende justificar la legalidad y la naturalidad del ejercicio de los instintos poligámicos.

A raíz de la guerra europea, los sacerdotes franceses, encendidos de noble ardor patriótico, predicaban ante sus fieles con tonos que un puritano no habría sabido interpretar. La frase de Cristo de: "Creced y multiplicaos" era el punto de partida, y, en torno de su significado, se entonaban alabanzas a la lícita comunión carnal de dos seres de distinto sexo. Estos hábiles oradores sagrados cumplían una necesidad de su conciencia y un deber emanado del criterio estatal. Uno de ellos afirmaba que reconocía que no pueden existir placeres más intensos que los del alma y los de la carne, especialmente cuando estos últimos se experimentaban teniendo en el pensamiento el Santo Nombre de Dios. No cabe duda que, dentro del carácter sagrado de la oración, no se podía decir más con menos palabras. A continuación arremetía contra los vicios y corrupciones que dieron lugar a la iracundia divina que destruyó Sodoma, y, después de invocar a la Fisiología y a la Historia natural, terminaba demostrando a sus oyentes que no podía haber nada más grato para la felicidad humana que cumplir con el mandamiento cristiano, amar a Dios y dar hijos a Francia.

Si analizamos estas disertaciones teológicas, desde el punto de vista de los que atribuyen a la pornografía un carácter tan amplio, no cabe duda que todo, o por lo menos gran parte de lo que decía el clérigo, era pornográfico, y tanto más cuanto que esas palabras y recomendaciones brotaban de los labios de un representante divino. Ahora bien, se necesita ser muy cerril para decir que estas frases, tan naturales y lícitas, eran pornográficas. Natural-

mente, la misión primordial del sacerdote, aunque no lo dijera por lo claro, no era otra que la de excitar el impulso sexual, es decir, hablando en plata, poner a sus feligreses en las mejores condiciones para que, en cuanto llegasen a casa, pusieran manos a la obra de fabricar hijos para Francia.

Una gran parte de la opinión católica francesa comenta con entusiasmo los libros del doctor Georges Sourbled, que, como los musulmanes, no escribe una sola palabra que no se inspire en el nombre de Dios. A pesar de su furibundo catolicismo, escribe acerca del problema sexual con toda claridad, aunque no se sujete estrictamente a las leyes psicofísicas del amor. Condena con la máxima acritud las desviaciones, algunas naturales del impulso de la procreación, y llega hasta el extremo de crear nuevas enfermedades que sólo afectan a aquellos que, aunque no sea más que por mera curiosidad, se aventuran por una sola vez a apartarse de los caminos que por sus labios señala la naturaleza.

En la descripción de la intimidad conyugal incurre, de lleno en lo que los estultos llaman pornografía, y no es más que la exposición de los aspectos lógicos de la buena técnica. Sin embargo, estos libros figuran en los catálogos de las "buenas letras", sin duda, porque esas lecturas son bastante buenas para el fin que se persigue: la procreación.

Los libros sagrados musulmanas y védicos, los *Kama-Sutra, El Jardín Perfumado* y otros que fueron escritos en el esplendor de las más remotas civilizaciones, hablan del arte de amar, como el *Ars amandis*, de Ovidio, con una naturalidad tan encantadora, que pudiéramos llamarla ingenua. No obstante, la naturalidad, como todas las verdades desnudas, suenan mal en los oídos que se llaman castos, pero que apenas si van más allá de ser imbéciles. Todas estas joyas de la literatura teológica, son consideradas como de una pornografía desbordante, porque incitan a la práctica de la sexualidad. Seguramente fueron escritas con esa finalidad; pero si vemos que la vida sexual armónica constituye la base del equilibrio familiar, ¿puede decirse que la finalidad perseguida por aquellos autores fuese inmoral hasta el punto de no comprender cómo pudieron publicarse esos libros que son otras tantas joyas, de valor indiscutible, de la literatura clásica?

Se habla en ellas, no sólo de los procedimientos a emplear en el amor, sino que hasta se describen gráficamente las posturas para el coito con sus indicaciones y contraindicaciones. Y vea el lector que

estos libros han sido tachados siempre de pornográficos, cuando sirvieron, seguramente, tanto como modernamente puedan valer muchos libros de texto en las Universidades.

Dice Bloch lo siguiente: "La pregunta de si las relaciones puramente sexuales pueden ser objeto de una representación artística o científica, puede contestarse de una manera incondicional afirmativamente, con tal de que la obra de arte o de ciencia haga suponer una crítica puramente artística o científica tal del objeto erótico, que lo puramente sexual desaparezca de él ante el superior concepto artístico o científico del mismo. Esto sólo es posible "despojando por completo de la actualidad" al objeto representado, para que, prescindiendo de tiempo y lugar, pueda ser considerado desde un *lado general humano*, y cuando, además, en la reproducción de lo puramente sexual, el artista se sobreponga psíquicamente a lo puramente físico idealizándolo, o se revele en la crítica del sabio la única preocupación de estudiar las relaciones causales del hecho sexual al que su trabajo se refiere."

De acuerdo con estos principios, e incluso "despojando por completo de la actualidad", la reproducción de tales escenas, completamente naturales y, ¿por qué no decirlo?, morales en absoluto, caeríamos de lleno en la pornografía, porque ni el tiempo ni el lugar llevan consigo la anulación del hecho humano de las relaciones "puramente sexuales". No obstante, reconocemos que estos grafismos referentes a los más íntimos aspectos de la vida humana, prescindiendo de la moral y de la estética, no debieran ser más obscenos que una fotografía o un cuadro reproduciendo el acto del parto o el de la manipulación quirúrgica en unos órganos genitales. Ahora bien, esa intimidad que supone el acto sexual, reproducida gráficamente, no cabe duda que excita los impulsos eróticos del más casto; negar esto, equivale a estar completamente ayuno de lo más elemental de la psicología sexual.

Claro es que las influencias de esta pornografía no actúan por igual en todos los temperamentos; pero es cierto también que no todos los temperamentos gustan de estas visiones que les dejan indiferentes, cuando no les producen una invencible repugnancia moral y física.

A la vez, todo es convencional. Aparte el hecho específicamente carnal, esto es, el momento de la cópula, la reproducción de las escenas inmediatamente anteriores, no entrañan en sí ninguna idea pornográfica, a no ser que se trate de actores de la misma raza del

que hace la crítica. Por ejemplo, nosotros "no queremos" ver pornografía en el idilio de una pareja de individuos de distinta raza que se dispone a amarse intensa y completamente. El hábito de verlos desnudos o semidesnudos, ya sea al natural o en fotografías o estampas, no nos deja tiempo de presumir la existencia de una visión obscena, sino que nos atenemos al detalle etnográfico. Supongamos a una pareja de enamorados, de la misma moral que la nuestra, a los cuales reproduce una fotografía desnudos o dejando al descubierto cualquier carácter sexual, como por ejemplo, los pechos de ella. Inmediatamente, la fotografía nos parecerá pornográfica y de una obscenidad ofensiva. Pero si se trata de dos jóvenes musulmanes beduínos, que sabemos que viven desnudos, especialmente ellas, en la misma actitud, la excitación que se experimenta no será nunca tan inmediata, aunque el final del acto representado sea idéntico al que presumimos que ha de ocurrir entre los dos civilizados. (Lámina I.)

En este caso, el hecho humano es absolutamente el mismo, aunque se trate de gentes que tienen un criterio tan diferente del pudor. Ahora bien, la pornografía o la obscenidad de la escena no depende de ese "lado general humano", como dice Bloch, sino que nace de un concepto puramente acomodaticio de la diferencia étnica. En una exposición de fotografías se examinó una magnífica instantánea de una pareja de lagartos realizando la cópula. Creo que, en cuanto a técnica, luces, originalidad, etc., no se presentó al certamen nada de más valor; pero, esto no obstante, el Jurado, entre el que, por cierto, figuraba un médico, rechazó la fotografía por "impropia y pornográfica".

Aquí, por lo visto, ese convencionalismo relacionó el hecho netamente animal de una especie inferior, con el hecho natural humano. De todo ello se deduce claramente que la pornografía, en muchos casos, no es más que la manera particular de apreciar las cuestiones.

No cabe duda que no es el detalle lo que da la norma, sino que ésta se produce en virtud de la tendencia general. Un autor alemán dice que, en Bélgica, un Juzgado procdió contra una Empresa científica, por considerar pornográficos los grabados de una obra de Medicina. En España no se ha hecho menos, ya que, cualquier padre que quiera tomarse la molestia de mirar la Fisiología que su hijo estudia en el colegio, verá cómo se silencia lo que se refiere a los órganos de la generación, aunque hasta cierto punto, nos pa-



PORNOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA

Esta fotografía se nos antoja que no es pornográfica, porque sus actores pertenecen a una raza de costumbres sexuales diferentes a las nuestras, pero lo sería si se tratase de europeos.

LAMINA I



MUJERES CASADAS DEL PARAGUAY

Como en otros países salvajes, las casadas pueden mostrarse completamente desnudas, aunque sean jóvenes y muy bellas, porque ya no inspiran interés sexual.

LAMINA II

rece más natural que lo ocurrido con el libro citado del doctor Recaséns.

La teoría referente al tiempo o a la época a que aludan las narraciones o las reproducciones consideradas como pornográficas, tampoco desvirtúa los hechos centrales, porque las evoluciones de la moral o de la mojigatería, en realidad, no admiten estas distinciones. La Biblia, por ejemplo, como decía Milton, "refiere a veces blasfemias, y no de una manera delicada, y describe, y no sin elegancia, los sentimientos voluptuosos de los hombres viciosos". En efecto, según el criterio moderno de los puritanos, en los libros de Moisés pueden leerse verdaderas indecencias, que no tenemos necesidad de reproducir.

Pero tampoco hay razón para decir que sean indecencias: ni siquiera libertades de lenguaje. Para ello es preciso tener en cuenta el espíritu de la época, por un lado; de las costumbres, por otro, y, lo que es muy importante, la individualidad y la edad del lector. Un niño o un hombre hecho y derecho, pero cuyo criterio esté sin formar y su ilustración sea deficiente, encontrarán motivos de excitación sexual en obras literarias artísticas, religiosas y científicas, que ni son obscenas ni se refieren más que a los hechos completamente naturales de la vida real.

En la Edad Media prosperaron costumbres, y se escribieron o pintaron obras que hoy nos parecen obscenas y que entonces figuraban en los mejores puestos de las buenas bibliotecas, y no para que sirvieran de deleite o de motivo de contemplación a degenerados o pervertidos, sino que eran hombres de gran talento e incluso de ideales religiosos acendrados los que veían en tales producciones un elemento artístico digno de admiración

Si repasamos toda la literatura célebre que se escribió hace cientos de años por los grandes maestros—la Biblia, el Dante, Shakespeare, Cervantes, etc.—veremos que en ella se trata de una manera noble y limpia de los aspectos esenciales de la sexualidad. Pese a cuanto se ha querido hacer por los pseudomoralistas para suprimir pasajes, mutilar escenas e introducir arreglos estúpidos en esa literatura, no se ha conseguido otra cosa que hacer pobres traducciones y adaptaciones completamente insulsas; porque resulta, precisamente, que la gracia y la belleza de todo ello estaba en el perfume de la libertad de expresión de los autores.

"Afortunadamente—dice un autor—, todas nuestras tradiciones religiosas y literarias tienden, a pesar de todo, a sostener en su

puesto a la Biblia y a Shakespeare; son tantos los hombres y mujeres que han recogido sus conocimientos sexuales, en la niñez, de los libros del Antiguo Testamento, que bien pudiera llamarse a la Biblia un libro de texto erótico. Casi todas las personas de ambos sexos con quienes he hablado del particular, me han asegurado que los libros de Moisés y las historias de Ammón y Tamar, de Lot y sus hijas, José y la mujer de Putifar, etc., despertaron en ellos una insaciable curiosidad, y que, de su lectura, dedujeron sus primeras nociones de la relación sexual. Un niño y una niña, de más de quince años de edad, se entretenían, durante los oficios, en la capilla protestante, adonde concurrían los domingos, en buscar y marcar pasajes eróticos de la Biblia, y pasarse dichos libros de uno a otro. Del mismo modo, muchas jovencitas, con el mismo objeto, piden prestadas clandestinamente las obras de Shakespeare, deseosas de leer la erótica y apasionada poesía de la "Venus y Adonis".

La historia de Ammón y Tamar (1), en la Biblia, sin demasiada censura, ha dado origen a muchas relaciones incestuosas entre hermanos, ya que ambos personajes bíblicos, hijos de David, eran, naturalmente, hermanos.

También en el Génesis, cap. XIX, versículos 31 al 38, se refiere el incesto de las hijas de Lot con su padre, después de que la mujer quedó convertida en estatua de sal por curiosear lo que pasaba en Sodoma, contraviniendo las órdenes del Destructor. Las dos muchachas, temerosas de quedar sin descendencia, emborracharon al pobre viejo y le hicieron que "las suscitara descendencia". Los redactores de la Biblia dicen que el viejo no se dió cuenta de lo que tramaban las niñas.

En cuanto a la historia de José y la mujer de Putifar (Génesis, cap. XXXIX, versículos 7 al 19), la ardiente dama intenta por todos los medios acostarse con José, cuya castidad a prueba—dicen que se trataba de una verdadera "real hembra"—le valió la prisión y otras vejaciones.

Una ilustre escritora española, ya fallecida, la Condesa de Pardo Bazán, habla en alguno de sus libros del placer con que leía, sien-

(1) «Y aconteció que teniendo Absalom hijo de David una hermana hermosa que se llamaba Thamar, enamoróse de ella Ammón, hijo de David». (Libro segundo de Samuel, cap. 13, vers. 1.º). Todo el capítulo se refiere a este ayuntamiento incestuoso y a las consecuencias que del mismo se derivaron. Véase la magnífica y correcta edición de la Biblia, actualmente en publicación por la Editorial «Fénix».—*M. de Lucenay.*

do niña, las historias del Antiguo Testamento. En el mismo sentido se expresan muchas personas de envidiable mentalidad, sin dejar de consignar que, precisamente la prohibición impuesta para leer tales libros, suponía un estímulo para hojear sus páginas. Ellen Key decía: "La ocultación es, en realidad, lo que pervierte, lo que envilece, lo que produce un estado de ánimo por el que la Biblia misma resulta estimulante para los sentidos."

Pero bien, a pesar de todo esto, y demostrada la crudeza con que en los libros sagrados se habla del amor sexual, donde, como vemos, no se omiten ni los más brutales hechos incestuosos, ¿hay derecho a decir que la Biblia sea un libro pornográfico?

Claro es que la enorme perspectiva de aquellos tiempos a los presentes establece muy notables diferencias de apreciación. La civilización ha impuesto normas más a tono con las manifestaciones sociales. Ya no es necesario el incesto al estilo de las hijas de Lot, porque tampoco preocupa la descendencia tan depurada como la concebían los hebreos. Por otra parte, influyen muy poderosas razones morales que se han elaborado en el transcurso de los siglos, apoderándose por completo del corazón humano.

Por otra parte, toda la literatura escrita por los padres de la Iglesia, especialmente los ascetas y místicos, gira alrededor de las cuestiones sexuales, no en defensa del amor humano, sino haciendo todo lo posible por desprestigiarlo y reducirle a la más sucia expresión de la animalidad. Pues en todos estos heroicos esfuerzos de los enemigos de la carne, a poco que raspemos, se verá que, a fuerza de tanto despotricar en contra de los impulsos humanos, se incurre en la pornografía. Y, sin embargo, tampoco son pornográficos sus escritos, ya que lo que noblemente trataban de conseguir era anular en absoluto el instinto sexual.

En cuanto a los místicos, Santa Teresa hace unas imágenes literarias que no pueden por menos de excitar los sentidos de las mismas novicias que pretenden morir en olor de santidad. Tanto es así, que las cuitadas no se dan cuenta de que todo aquello que con tanta devoción leen en la Mística Doctora, despierta en su espíritu sensaciones de un erotismo desenfrenado, porque no hay sensaciones voluptuosas de mayor intensidad que aquellas que pueden procurarse mediante los esfuerzos de la imaginación, y que debemos llamar "coito psíquico", como ya hemos visto en otro volumen.

Esta literatura puede ser erótica, pero nunca pornográfica, y ello, si sentamos el principio de que, para que así fuera, habría de me-

diar la intención de promover una emoción distinta de la que se persigue. No obstante, el resultado que se obtiene con la lectura de esos desahogos espirituales, es igual, o muy parecido, al que pueden producir las narraciones obscenas. La diferencia no está más que en la forma, porque, para muchos temperamentos, el resultado es igual.

A medida que nos intrincamos en esta maraña de razonamientos y teorías, vemos que se va a parar a un callejón sin salida. Faltando la intención en absoluto, estos hechos tienen efectos pornográficos, no promovidos por sus autores, ya que se trata de los mismos que crearon la moral básica, sino que la inclinación perversa brota del pensamiento del que contempla la obra.

No es posible pensar, ni por un momento siquiera, que la actividad literaria de los escritores religiosos que trataban de las cuestiones del sexo, se encaminase en el sentido de divulgar el conocimiento de dichas materias por su lado agradable. Sin embargo, en algunos escritores célebres parece que la misma inspiración que movía a aquellos ascetas—Diodoro de Sicilia, Clemente de Alejandría, San Jerónimo, Crisóstomo, San Ambrosio y múltiples más—era la fuerza erótica que residía en su carne, incapaz de manifestarse de otra forma. No otra cosa son las numerosas historias que se refieren en el *Acta Santorum, Los actos de Judas, Tomás,* etc., donde se habla de milagros extraordinarios que, dígase cuanto se quiera, tienen que parecernos modernamente invenciones burdas e inverosímiles.

Toda la literatura romántica de la castidad es una sarta de embustes de fondo verdaderamente erótico. "La Iglesia de los primeros siglos—dice un escritor contemporáneo—anatematizó el erotismo del mundo pagano, y lo condenó por el medio más expeditivo y de mejores resultados: creando en su lugar un erotismo propio, tierno y exquisito." Así vemos las narraciones de muchos ascetas que, para probar el temple de su castidad, visitaban lupanares y se relacionaban con jóvenes doncellas, de las que describen sus encantos con un apasionamiento que no puede por menos de parecernos sospechoso, ya que se refieren a datos demasiado íntimos, que no pueden conocerse más que por medio de auténticas referencias, o bien porque la imaginación, constantemente hiperexcitada, inventase aquella serie de fantasías como el producto morboso de una existencia completamente artificial.

Seguimos, a pesar de todo, sin encontrar la pornografía, analizando las cosas desde el punto de vista de aquellos autores. Pero si nos obstinamos en hallar detalles obscenos desde el plano de nuestra apreciación, ¿quién puede decir que no daríamos con ellos? Y si no, veamos un ejemplo, cualquiera, tomado al azar: *Los actos de Pablo y de Tecla*: "Tecla era una joven bellísima, de formas puras. Su cuerpo era hermoso y fuerte y lleno de salud, por lo que el Gran Sacerdote de Siria la deseaba carnalmente. Ella se negó a satisfacer la pasión sensual del Gran Sacerdote, siendo condenada a morir en la arena bajo las garras de las fieras. Con el cuerpo completamente desnudo, fué atada a la espalda de una leona, mientras el Gran Sacerdote "gozaba viendo las formas de la mujer deseada". Aquel animal feroz—se refiere a la leona—no hizo el menor daño a la mártir, sino que lamió sus pies y la defendió de las acometidas de las otras fieras. Por este milagro fué perdonada, y, vistiendo ropas de hombre, viajó en busca de Pablo, y, cuando le encontró, se retiraron a un lugar apartado, donde vivieron juntos hasta una edad muy avanzada."

Pero todavía hay más: "San Aldhelm, el Santo Obispo de Sherborne, en el siglo VIII, cuando sentía tentaciones carnales, se hacía rodear de jóvenes desnudas que mostraban todos sus encantos. Estas jóvenes eran muy livianas y verdaderamente tentadoras: cuerpos blancos como la leche, senos firmes, ojos seductores y formas hermosas y puras que hubieran tentado al más fuerte. Pero el Santo Prelado lograba dominarse, y alcanzaba la paz que anhelaba su espíritu, ya que podía vivir tomando a broma al demonio".

La exposición de todas estas aventuras no es más que un deporte psicoerótico de los narradores que escribían, no para el público, y en un sentido utilitario, sino para satisfacer una necesidad de su espíritu, si no queremos decir que se trataba de un anhelo de la carne.

Hoy día, aunque desde aquellos tiempos a éstos hayan transcurrido muchos siglos, es decir, las circunstancias de "tiempo y lugar", los escritos de las autores ascéticos que en esa época eran tenidos como libros sagrados y, por tanto, leídos y comentados por las gentes piadosas, se estiman como pecaminosos y su lectura no es aconsejable para todos, especialmente para las mujeres, por muy pías que sean.

La misma Biblia está tan reformada y redactada en una forma tan convencional—nos referimos a la Biblia que "recomiendan" los eclesiásticos—, que muchísimos de sus hechos se nos ofrcen oscuros

e indescifrables. Esta confusión determina siempre una curiosidad malsana, hasta el punto de que, no siendo las ediciones protestantes, las adaptaciones de los católicos carecen de mercado.

Si sentamos el principio de que la moral es la suma de las normas emanadas de la costumbre, en aquellas épocas era moral escribir esas narraciones que hoy se estiman como obscenas, aunque estén rodeadas de la autoridad que suponía el hecho de que sus autores fuesen personas religiosas. Este es el gran problema que el desarrollo de la cultura ha creado a la Iglesia moderna. Sus propagandistas han hecho tantos y tan desatinados esfuerzos por condenar las manifestaciones naturales de la vida humana que, para predicar con el ejemplo, no han tenido más remedio que retirar de la circulación las joyas más preciadas de la literatura ascética que han servido de fuentes de inspiración a las conciencias más sanas de la Humanidad.

Acerca de la educación del niño, dice un autor: "No cabe duda que la Biblia no puede ser considerada como tipo o modelo de libro para instruir a los niños en materias sexuales; sin embargo, su franca aceptación, apoyada en un origen divino de reglas sexuales distintas a las que nominalmente, por lo menos, consideramos nuestras, tal y como lo que a la poligamia y concubinato se refiere, tiende a ensanchar y ampliar la mente del niño, demostrándole que las leyes que le rodean no son en todas partes igualmente válidas, mientras que el realismo y crudeza de la Biblia sirven de admirable antídoto contra las mojigaterías convencionales de estos tiempos. Por lo demás, siempre protestaremos contra aquellos que confunden tontamente la crudeza en el modo de hablar con lo que en sí y por sí es grosero y soez, es decir, que consideran que hablar claro es equivalente a obrar mal, y esto es más de extrañar, porque en esta absurda confusión suelen caer principalmente los que se tienen por intelectuales y son considerados como tales."

En resumen, ni en la Biblia ni en ninguno de los libros escritos por los autores sagrados en tiempos en que, tal vez en virtud del menor grado de cultura en que se vivía, la existencia llegó a ser más sincera y clara—aparte los mitos religiosos—, encontramos el elemento obsceno por ninguna parte. No había mojigatería, sino sólo naturalidad, sin duda, porque entonces estaban más recientes los ecos de las palabras del Maestro que tampoco se recató para satisfacer las necesidades de su temperamento. El mismo acto de las hijas de Lot con su padre, era, desde el punto de vista religioso de

los judíos, un signo de la obediencia debida a Jehová cuando obligaba a sus adeptos a que, por todos los medios, tuviesen descendencia, es decir, que se multiplicasen para la mayor prosperidad del pueblo de Israel. Sin embargo, en ningún país civilizado puede admitirse modernamente el incesto que, seguramente, es el aspecto de la vida sexual que mayor repugnancia moral y física inspira.

Esta es la diferencia entre unos tiempos y otros. Los sentimientos más refinados de la civilización moderna no toleran las excitaciones burdas, sino que tienden siempre a la experimentación de otros deleites desconocidos, pero que no pueden enseñar ni los libros ni las estampas. Y ello es porque la existencia de la Humanidad es tan vieja que, como dijo el filósofo, «nada nuevo hay bajo el sol». Así, pues, a medida que la civilización avanza, la pornografía pierde un terreno que jamás volverá a reconquistar.

PORNOGRAFIA Y DESNUDEZ

La inmoralidad del desnudo.—El vello púbico. El arte y la obscenidad.—La erótica y el vestido.—El desnudo opuesto a la procreación. Falda corta y falda larga.—Lucha de clases. Las circunstancias del lugar.—Fundamentos de la mojigatería.—La liga contra la inmoralidad.—Origen de la pornografía.—La razón de las protestas de los supuestos moralistas. Diferencia entre el arte erótico y pornográfico.—La interpretación de un jurado.

Todos los moralistas más sesudos coinciden en afirmar que la representación más obscena y frecuente de la vida sexual es la del desnudo, es decir, de la expresión más natural del ser humano. Ahora bien, el elemento pornográfico de este criterio nacido en la civilización moderna se concreta esencialmente en un punto del cuerpo desnudo: en el sexo. Y ese punto concreto se refiere a un simple detalle: al vello de las partes genitales. A regañadientes se transige con la representación gráfica del cuerpo humano completamente desprovisto de ropa, pero lo que no se tolera es que el fotógrafo o el pintor no actúen de peluqueros en esa parte del cuerpo.

No obstante, esta manera de interpretar la inmoralidad tiene su origen en el arte clásico; es una reminiscencia de otras épocas de diferentes costumbres a las nuestras de la actualidad. Entonces era costumbre depilarse el cuerpo, como en la actualidad se observa en los pueblos orientales. Por lo tanto, nos parece perfectamente natural y lógico que en las representaciones del desnudo de la época clásica se omitiera el vello del cuerpo. Era una cuestión de estética que no se relacionaba para nada con la moral. Ahora bien, cuando en la actualidad se vive en condiciones absolutamente distintas, el hecho de perpetuar esa falsa convención artística revela que no sólo nos situamos en franca oposición con la naturaleza, sino que, además, se va en contra de las costumbres.

Esos mismos moralistas que se oponen a la representación del desnudo puro, no aciertan a explicarse el porqué de su aversión al vello púbico. Unos dicen que el contraste de color entre dicha vegetación y la carne «parece significar un motivo de atracción visual que determina otras excitaciones».

Tal teoría me parece completamente absurda, porque si contemplamos el desnudo de una mujer desde el punto de vista estético, la falta de ese detalle, según lo interpretamos modernamente, da lugar a que se vean los caracteres nada estéticos de los grandes labios e incluso de las ninfas que pueden sobresalir de aquéllos. Además, no cabe duda que es un adorno natural, y, por encima de todo, al ser natural dicho carácter, tiene que ser, forzosamente, estético.

Por otra parte, cuando el punto de vista de la contemplación es exclusivamente erótico, no cabe duda que, normalmente, a no ser que se trate de un fetichista, en lo menos que se fija el hombre que se dispone a poseer carnalmente a una mujer, es en el detalle de la vegetación pilosa; la atracción sexual está determinada por todo el conjunto de caracteres sexuales, tanto físicos como psíquicos, y no por el detalle particular de la estructura del sexo, que, por lo general, si no vamos a decir que inspire asco, tampoco puede considerarse aisladamente estético.

Todavía en la mujer, cuyos órganos de la voluptuosidad son internos, el vello puede tener la propiedad «moral» de cubrir la entrada de ese reducto del placer, por lo que el detalle debiera considerarse también «moral». Pero en el hombre no importa nada la ausencia o la presencia del vello púbico, ya que la verga y los testículos nunca quedan cubiertos por esta vegetación pilosa. A no ser en virtud de un principio de democrática igualdad, resulta inexplicable que el vello de las partes pudendas deba ser suprimido en las reproducciones del desnudo de ambos sexos, pues si en cuanto al hombre resulta completamente inútil, en lo que a la mujer se refiere se nos antoja contraproducente.

Este es el punto esencial, como decimos, de la aversión externa al desnudo de los campeones de la moral. En una Academia de Bellas Artes conocí a dos sesudos varones de más de cincuenta y cinco años que no se perdían una sola sesión de dibujo del natural cuando los modelos eran femeninos: los masculinos no les interesaban, lo que prueba su falta de honradez artística. Ambos ancianos, que no sabían coger un lápiz, se situaban frente a la tarima

donde posaba la modelo, y aunque no tenían ni las nociones más elementales, lograban, a fuerza de habilidad, reflejar las líneas fundamentales de la forma. Al llegar a la región púbica, sustituían el vello por la simbólica hoja de parra, prosiguiendo su labor con la normalidad que le permitían sus aptitudes artísticas. Cuando ya habían terminando la obra, ideaban toda clase de fantasías con la intención de «suavizar la crudeza del desnudo», y al efecto dibujaban gasas, adornos y flores, todo ello propio de una estampa decorativa del peor gusto. Pues bien: a pesar de esta tendencia «moralizadora», los detalles accesorios resultaban no sólo ridículos, sino decididamente pornográficos, puesto que al tratar de eliminar esos aspectos naturales, colocaban adornos y objetos que obligaban a fijar la atención en unos detalles que en virtud de su desafortunada ejecución hubieran pasado desapercibidos de manifestarse claramente.

Esta mojigatería, que no es más que una prueba irrecusable de la falta de educación artística, no puede admitirse ni siquiera desde el punto de vista de la religión sin incurrir en lo que pudiéramos llamar «gazmoñería lasciva». Condenar la desnudez en el arte es la mayor ridiculez que puede cometerse, puesto que el desnudo no es nada extraño ni tampoco una demostración exótica. Además, si se prohibiesen estas manifestaciones, es decir, todo arte exótico, no habría posibilidad de representar con corrección esos motivos tan puramente artísticos y completamente morales de la gran mayoría de las historias bíblicas.

Para mejor comprender la importancia artística del desnudo y su valor inconmensurable en el desarrollo de muchas culturas, es preciso que nos remontemos a las edades antiguas. En Grecia, sobre todo, como ya hemos visto en otros volúmenes, se rindió un culto tan acendrado a la belleza de la forma humana, que así se dió lugar al amor socrático, a la adoración sensual de los efebos.

En toda Grecia se admiraba al desnudo, no por las ideas voluptuosas que pudiera despertar en la imaginación, sino por su exclusiva belleza en sí. En un libro de Atheneus se dice que "en la isla de Chíos es cosa muy bella acudir a los gimnasios e hipódromos y ver a los jóvenes desnudos luchando con doncellas, desnudas también». En la «República», de Platón, se ve que aquel sabio aprobaba estas costumbres, diciendo que los que se mofaban de ellas hacían el ridículo, por ser su opinión «fruto sin madurar arrancado del árbol de la sabiduría».

Toda la estatuaria griega, que no es más que la exaltación artística de la forma, reproduce escenas mitológicas y hechos históricos en los que el amor anda por medio. Pero a pesar de que el tema inspirador se presta a tantas interpretaciones que lo mismo antes que ahora serían estimadas como inconvenientes, en esas reproducciones del noble desnudo e incluso de las posturas más naturales, no es posible advertir el menor detalle obsceno, puesto que toda la admiración nace del punto de vista artístico o estético. «No hay duda que en nuestra vida moderna, dice un autor, nos hemos acostumbrado de tal modo a falsear la actitud directa y sencilla del individuo frente a la desnudez, que será preciso un cuidado especial y una educación inteligentísima para enseñarle a discernir, cuando niño, entre lo que es puro y lo que es obsceno. Para el cavador y la cortijera, todo desnudo, incluso la estatuaria griega, es igualmente lascivo y vergonzoso. «Yo tengo una estampa de mujeres como esas—dijo un paleto con sorna, señalando uno de los más bellos grupos de Tintoretto— ; pero las mías—añadió—están fumando pitillos.»

Esto es lo que sucede no sólo a los paletos, sino también a muchos pseudointelectuales y hombres que presumen de una moralidad acrisolada. Su gazmoñería—o su hipocresía—es tanta, que la falta de discernimiento y de inteligencia les vedan la libertad de poder diferenciar lo bello de lo pornográfico. Por lo general, en la estatua serena y mutilada de la Venus de Milo no ven ni la forma, ni la línea, ni la ejecución, ni nada : no advierten más que unos pechos enhiestos de forma impecable que les inspiran los pensamientos más obscenos.

La influencia psicológica de la desnudez, como vemos, puede adoptar muy opuestas formas. No cabe duda que la emoción estética es un camino para llegar a la emoción sexual, pero esto no ocurre siempre ni a todos los individuos de un mismo temperamento. Los educadores de la juventud, como sucede, por ejemplo, entre el profesorado de primera enseñanza de Italia, cuna de las más bellas artes, debieran ocuparse de este aspecto interesantísimo de la cultura, como lo hacen los italianos. En este país las visitas a los Museos forman parte del programa oficial de enseñanza. El profesor hace que el grupo se detenga ante las obras pictóricas y escultóricas del desnudo clásico, y con sencilla naturalidad explica a sus discípulos el significado artístico, simbóli-

co, etc., de aquellas reproducciones, a la vez que no omite, con este motivo, lecciones de Anatomía y Fisiología.

El arte no es nunca pornográfico, como tampoco lo es un libro. Como decía Oscar Wilde en su prefacio de «El retrato de Dorian Gray», «un libro nunca es moral o inmoral. Está bien o mal escrito. Esto es todo». «No cabe la menor duda, dice Ellis, que la familiaridad con la belleza del desnudo en el arte clásico es muy necesaria entre todas las clases sociales de las distintas partes del mundo. A este defecto de la educación moderna debemos seguramente esas peticiones, más frecuentes en Inglaterra y América que en otras partes, para que no se celebren exposiciones de desnudos escultóricos en los Museos de Arte y cuadros tan inofensivos como «El baño de Psyche, de Ligthons, en los escaparates de los comercios, y esas demandas, más ridículas aún, de que sean cubiertos los desnudos representativos de virtudes abstractas que, a veces, forman parte del decorado de los edificios. Tan imperfecta es la cultura de las multitudes, que en estas materias, suelen, por lo general, ganar la partida los fanáticos de la mojigatería, desprovistos en absoluto de educación artística. Un tal estado de cosas tiene por fuerza que traer consigo una reacción malsana en el ambiente moral de una comunidad dada a tan ridículas exageraciones.»

Un joven pintor pensionado que cursa sus estudios en Madrid con indiscutible aprovechamiento, gran entusiasta del desnudo realista, es decir, de la interpretación fiel de la naturaleza, terminó varias magníficas obras, con las que marchó a su patria chica con el fin de celebrar una exposición. Esta tuvo lugar en un centro cultural regido por esos intelectuales provincianos que en estos aspectos no son menos incultos que los de las grandes ciudades, y cuando el muchacho recibió la visita de alguno de los directivos, vió con dolor que no tenía más remedio que colocar la hoja de parra clásica. Como no había tiempo de hacerlo con colores, hubo de pegar unos recortes de papel en aquellas partes pudendas cuya desnudez escandalizaba a los censores. Y a este tenor pudieran citarse multitud de anécdotas semejantes.

Estos sentimientos estúpidos, este horror que el género humano civilizado siente hacia su propio desnudo, es un producto de las teorías cristianas enemigas de la desnudez. «La Iglesia se mostró apasionada partidaria de combatir lo que llamaba «la carne», y confundió la cuestión subjetiva del deseo sexual con el

espectáculo objetivo de la forma desnuda.» «La carne es pecaminosa; luego debe quedar oculta, decía, sin comprender que sólo conseguía aumentar el deseo carnal, rodeando el cuerpo humano del irresistible manto del misterio prohibido.»

No cabe duda que el vestido, sobre todo en la mujer, tiene la finalidad, aparte del adorno, de satisfacer la variación en las relaciones sexuales, «que siempre exigen nuevos atractivos e incentivos». Iwan Bloch dice con mucho acierto que la ocultación de los genitales, relacionado con el adorno alrededor de la cintura, como se observa en muchos pueblos salvajes, no tiene su origen en un sentimiento de pudor, sino, al contrario, por el deseo de que sirviera de incentivo al sexo opuesto. «Para llamar la atención hacia dichas partes, se colgaban del cinturón rabos de gato, o conchas, pieles de animales, etc. El encubrirlas resultaba ser un incentivo sensual mucho más eficaz que la desnudez. Esta es una experiencia de carácter antropológico muy antiguo, que todavía tiene mucha mayor importancia en la vida cultural moderna.»

El significado erótico del vestido ha sido estudiado por Virey, el cual afirma que los hombres tienen siempre mayores y más variados goces sexuales que los animales, «porque éstos ven a todas horas a sus hembras despojadas de todo adorno, mientras que los velos entreabiertos con los cuales oculta la mujer sus encantos o los deja entrever o adivinar, aumentan hasta lo indecible la concupiscencia sin límites del hombre, porque mientras menos se ve, tanto más se figura la imaginación».

Esta excitación producida por el semidesnudo, es decir, por lo que no es el desnudo completo, ha sido reconocida por todos los antropólogos y etnólogos de mayor solvencia y celebridad que estudiaron la vida de los pueblos primitivos. Westermarg dice: «Tenemos diversos ejemplos de pueblos que, por lo general, van completamente desnudos, y, sin embargo, usan algunas veces algo para taparse; pero lo hacen en circunstancias que demuestran claramente que sólo les sirve como medio de atracción.»

En muchos pueblos paganos del interior de Africa las mujeres casadas van completamente desnudas, sin el menor adorno que tienda a cubrir, a disimular o a hacer resaltar los caracteres sexuales, mientras que las solteras que están en estado de contraer matrimonio se cubren y se adornan el cuerpo con telas y pieles de animales.

Entre los indios lenguas del Paraguay, que es uno de los pueblos que más se resisten a las investigaciones por parte de los civilizados, se observan las mismas costumbres que en esos pueblos africanos; las mujeres casadas, aunque sean jóvenes y bellas y perfectamente formadas, se muestran completamente desnudas, sin más adornos que algunos collares de semillas. (Lámina II). En cambio, si son solteras, por feas que sean y carezcan de encantos, sólo dejan al descubierto de la cintura para arriba, cuidándose bien de ocultar aquellos caracteres que los hombres estiman más atrayentes por su encanto específicamente sexual. (Lámina III.)

Moisés, que como sabemos fué un gran natalista, ya que cifraba el esplendor del pueblo de Israel en el número de sus hijos, supo apreciar mejor que nadie los efectos psicosexuales del vestido y los adornos femeninos. Al efecto, ordenó a las mujeres que ocultasen sus encantos «para cosquillear los sentidos de los feligreses de su comunidad y de este modo aumentar la fecundidad de su pueblo» (Stratz).

Para Moisés la desnudez no tenía ninguna finalidad provechosa, puesto que al atenuar la excitación sexual, resultaba que el deseo del hombre por la mujer quedaba considerablemente atenuado, y al ser menos los ayuntamientos carnales, tenía también que ser menor la cifra de producción del material humano que interesaba multiplicar por todos los procedimientos, incluso por medio del incesto, como se observa en la Biblia. Pero el cristianismo, cuyos directores parecieron actuar en principio animados por el espíritu de la contradicción, estimó el desnudo como inmoral, instituyendo el vestido, no con vistas a la procreación, como hizo Moisés, sino precisamente por todo lo contrario, ya que al creer que la exhibición del desnudo era lo que excitaba la sensualidad del hombre, al suprimir los motivos de excitación, según sus teorías, las posibilidades reproductoras se reducían también.

Bien es verdad que los vestidos que aprobaron los padres de la Iglesia estaban confeccionados de tal forma, que la línea desaparece por completo bajo sus amplios pliegues y ropajes. Pero como no siempre esas confecciones resultan compatibles con la comodidad, y, además, como los instintos naturales no se avienen muy de buen grado con tan severas disciplinas, la moda, «locura de inspiración pagana", como decía un teólogo, se encargó de hacer compatible al vestido con la comodidad y con la estética, cuyo

concepto, ya lo sabemos, ni tiene una expresión universal, ni ha sido la misma en todos los tiempos.

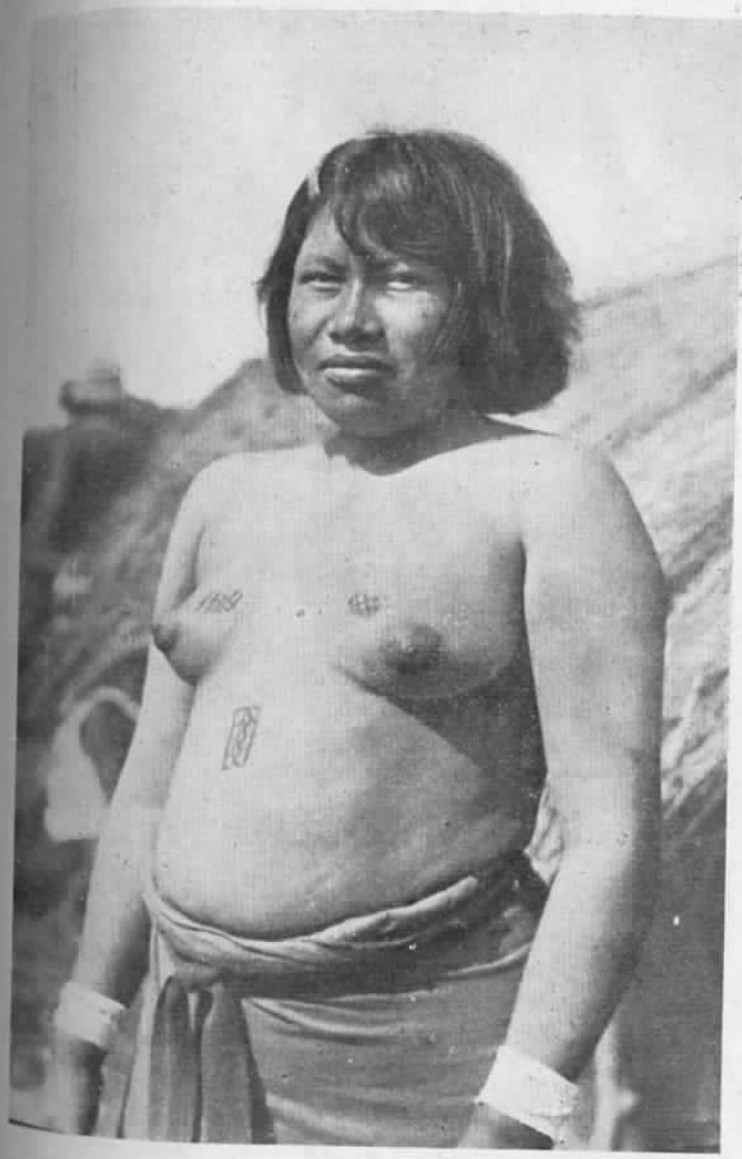
No es posible afirmar que las constantes variaciones de la moda tiendan a volver a los tiempos primitivos del vestido. Durante muchos años ha hecho furor, por ejemplo, la falda corta, tan corta, que la pierna quedaba al descubierto por el último tercio del muslo. Aquel verdadero «derroche de pantorrillas» trajo como consecuencia que el hombre se saciase de su visión constante, y entonces desaparecieron todos los encantos de este importante atractivo sexual de la mujer. Ahora, ya vemos que vuelve otra vez la moda de la falda larga, cuyo objeto esencial no es, como pudiera creerse, ocultar a las miradas concupiscentes de los hombres tales atractivos inspirándose en un motivo de pudor ; la finalidad que persigue la mujer, acaso inconscientemente, es decir, instintivamente, es hacer más codiciable esa parte de su forma, como antídoto contra la saciedad producida por la moda precedente.

La Iglesia, por boca de sus predicadores, condenó la falda corta, diciendo que era una asquerosa inmoralidad. Seguramente, si esos clérigos tuvieran libertad para manifestar adecuadamente sus impulsos sexuales, como ocurre a los protestantes, no se hubiera llegado a tales extremos en su condenación. Aquí pudiéramos preguntar si era la caridad o era la envidia el móvil, también instintivo, de sus prédicas acerbas.

«La desnudez natural, dice Bloch, el estado del hombre al nacer, no la refinada por el vestido, la posición y el gesto lascivo, es objeto de una absoluta contemplación para el hombre que siente normalmente y ve en el cuerpo humano desnudo el mismo ser natural individual que en los cuerpos de otros seres animados. Gentes que pueden llamarse muy mojigatas asienten a éstos en las ocasiones que se les presentan de ver a hombres completamente desnudos en circunstancias naturales, como, por ejemplo, cuando los ven en el baño.»

Claro es que para sentir normalmente estas emociones es necesario también que la vida sexual sea normal. El desarrollo de la pornografía sólo se observa en individuos o colectividades que por cualquier causa se ven privados de las prácticas sexuales normales, ya sea por la edad, la profesión, el aislamiento, etc.

Que Moisés consideraba pornográfico el vestido no ofrece dudas, si queremos decir que la pornografía es todo aquello que in-



SOLTERA DEL PARAGUAY

El hecho de ser soltera la impide mostrarse desnuda, aunque ni en su cuerpo ni en su rostro pueda apreciarse el más mínimo rasgo de belleza.

LAMINA III



LA PORNOGRAFÍA EN EL ARTE

Esta fotografía, que para un crítico perfectamente moral no ofrece el menor trazo de inmoralidad, sólo puede ser considerada obscena en virtud de un alarde imaginativo.

LAMINA IV

cita a las relaciones sexuales. En cambio, no creía que el desnudo pudiera serlo, puesto que la familiaridad con él no producía los mismos efectos, o, por lo menos, éstos eran muy atenuados. La cristiandad no logró imponer sus normas sino cuando ya habían transcurrido muchos años y podía decirse que dominaba y absorbía al mundo europeo. Un autor dice que esta aversión hacia toda manifestación de la forma, aun cuando era aceptada por todos como un ideal apetecible, sólo podía llevarse a cabo real y efectivamente en los claustros. En el mundo exterior, aunque indudablemente influían los ideales cristianos, varias de las tradiciones paganas y primitivas en pro de la desnudez persistieron, y sus manifestaciones se toleraron durante algunos años.

Puede afirmarse que hasta el siglo XIX no triunfó la opinión contra la desnudez, a pesar de todos los esfuerzos de la Iglesia. Y entonces, justo es consignarlo, el sentimiento religioso intervenía en una mínima parte. «El hombre del siglo XIX ya no sentía, como le ocurría al asceta medieval, que arriesgaba la salvación de su alma y relajaba la pureza de sus costumbres con la contemplación de un cuerpo desnudo. Tacharía el espectáculo de indecente, de asqueroso, a lo sumo, pero considerándolo desde el punto de vista convencional y estético, en el que para nada influía el temor religioso» (Ellis).

Ahora bien, las razones aducidas para condenar la desnudez tenían una inspiración religiosa en el fondo, cual era el ideal del ascetismo, aunque según algunos autores, esto fué el resultado de la reacción de las gentes democráticas a las que la clase aristocrática imponía la ropa como una modalidad de la esclavitud. Parece ser que sólo las clases superiores de la sociedad de aquellos tiempos se creían con derecho a exhibir las desnudeces, como puede observarse en los retratos de algunas damas, en los que aparecen desnudas de medio cuerpo para arriba. Esto fué duramente criticado y combatido por las gentes más humildes, y de aquí nació la mojigatería. En efecto, la repugnancia hacia el desnudo se observa con caracteres más destacados entre las gentes incultas y de escasa educación que en las personas de intelectualidad más elevada, aunque sean religiosas. Si comparamos, por ejemplo, un baile aristocrático con otra fiesta semejante entre personas de más baja condición social, se verá la gran diferencia que existe entre la forma de presentarse unas mujeres y otras. Puede ser que en ambas reuniones tengan lugar determinados actos

que no puedan considerarse muy morales, pero no cabe duda que esa inmoralidad se manifestará en los humildes con caracteres más groseros que los que pueden apreciarse en las reuniones de las gentes más educadas.

¿Qué quiere decir esto? Pues, sencillamente, que la valoración psicosexual de la desnudez o la semidesnudez depende en gran parte de la educación, y que la falta de educación, ya sea temperamental, artística, sexual, etcétera, produce el resultado de la mojigatería, que es de donde, por lo general, salen los supuestos moralistas que no saben distinguir entre lo bello y lo pornográfico.

No obstante, también se advierte un raro fenómeno en lo que se refiere al número de las personas que enjuician acerca del desnudo en su aspecto moral o inmoral. Si en un baile de sociedad se considera natural que muchas mujeres exhiban, por ejemplo, los pechos y la espalda, cualquiera de esos hombres que las admiran, sin que ellas experimenten el menor gesto de pudor, se sentirían desconcertados y excitados si las vieran a solas y en una ocasión cualquiera distinta de las circunstancias de la fiesta. Al mismo tiempo, la mujer que no tiene inconveniente en exhibirse sin más ropa que un sostén y un taparrabos en la playa o en la piscina, tampoco recibiría en la misma indumentaria a un hombre en cualquier lugar alejado de la playa o la piscina. El pasado verano pasé una temporada en una playa en unión de varios amigos, algunos casados. Durante las horas del baño, lo mismo en el agua que en la orilla del mar, que a la hora del aperitivo, del solárium, etc., no teníamos más indumentaria que el *maillot*, más o menos atrevido. Naturamente, aquellas mujeres, todas honestas, a pesar de que no dejasen nada por mostrar, se expresaban con tranquilidad, sin darle importancia a su atavío, aunque en la partida éramos siete u ocho hombres «de non». Pero por la noche, si se celebraba algún baile en el Casino, aunque fuésemos los mismos hombres, siendo la indumentaria de calle, es decir, sin etiqueta, todas las mujeres tenían buen cuidado de sentarse de forma que no se viese de sus piernas mucho más de lo que hubieran tolerado nuestras abuelas. Una noche, una de las señoras resbaló en el parquet, y en la caída quedó con las piernas descubiertas desde medio muslo. Con toda celeridad, y llena de vergüenza, penetró en el cuarto tocador para arreglarse las ropas, y todavía, cuando salió, apenas podía ocultar su rubor. No obstante, al día siguiente por la mañana se presentó en la playa con su *maillot*, uno de los más audaces de toda la colonia veraniega, según acostumbraba.

Vemos, pues, que esas influencias objetivas y subjetivas del desnudo pueden estimarse excitantes de la sexualidad, según las condiciones en que sus manifestaciones tengan lugar. Pues de la misma manera, la apreciación de lo artístico en el desnudo, ya sea como belleza o pornografía, también depende de los estados de ánimo, aunque en mucha menor cuantía que de la educación.

De una manera unánime está reconocido por los psicólogos profanos y por no pocos religiosos, que la verdadera pornografía del desnudo no depende del desnudo mismo, sino que a veces es preciso conceder la mayor importancia al vestido, aparte de las posturas o aspectos claramente excitantes, sexuales o artificiales adoptados con la intención deliberada de despertar la lascivia. Sólo cuando cesa la naturalidad, y se la sustituye por un gesto artificial, una mujer desnuda puede producir emociones bien diferentes de las puramente estéticas. Basta la asociación del detalle más insignificante, que tradicionalmente está conceptuado como obsceno, para que la naturalidad desaparezca. Por ejemplo, sabemos que las prostitutas adoptan posturas especiales para el más lucrativo ejercicio de su comercio, expresiones que, bien miradas, pueden ser de una sencillez sin importancia. Pues bien, una mujer desnuda, una modelo que posase serenamente delante de varios pintores, no logrará, con su naturalidad, promover la menor excitación en quienes reproducen su figura, ni aun en los momentos de descanso, si permance desnuda tranquilamente. Pero si se la ocurre, por ejemplo, encender un cigarrillo, adoptar una postura perezosa o pronunciar una palabra un poco atrevida, ello será suficiente para que inmediatamente se asocie a su desnudez la impresión de otra posibilidad, que dará al traste con el primitivo elemento estético.

Es posible, en último extremo, que todos esos artistas sean tan morales que el gesto simple les indigne, lejos de excitarles; en este caso, tendremos que habérnoslas con la mojigatería que, realmente, no es más que el resultado de la contemplación del desnudo con oculta sensualidad, como lo reconoció el escritor alemán Federico Schlegel, "que desenmascaró a la mojigatería, describiéndola como carencia de pudor, y haciendo resaltar la lascivia sexual que en ella existe". Es interesante lo que el célebre campeón del movimiento romántico alemán dice acerca de este punto:

"¿En qué concepto se debe tener a aquellos que, pretendiendo pensar imparcialmente y obrar lo mismo, son, sin embargo, tan susceptibles que el menor pretexto les basta para sentir despertarse en ellos ramalazos de la pasión, y que tanto más pudorosos creen ser cuanto más fácilmente encuentran en todo motivo para escandalizarse? En ninguno, sino que están siempre dominados por su "propia lascivia brutal, que constantemente espía y se manifiesta" en cuanto, aunque sea desde muy lejos, se muestra algo que pueden apropiarse, y en que de buena gana echarán la culpa de ello a eso que inconscientemente ha sido causa inocente de su excitación. Generalmente, tienen que valerse de la inocencia como pretexto. Muchachos jóvenes y doncellas se presentan como si nada supiesen de lo que es el amor, y, sin embargo, les devoran el anhelo y la curiosidad, que a cada momento amenazan manifestarse con fuerza, y no desperdician ninguna ocasión de jugar con sentimientos que son en extremo peligrosos. Pero esto no es nada. Los verdaderos jóvenes y las verdaderas doncellas son el bello ideal de esta clase de pudor, que en ellos "adquiere una nueva modalidad".

"Si nos dedicáramos a ir de caza tras de todo lo que nos parece no púdico, llegaríamos al final a figurarnos que en todas partes encontramos asuntos pecaminosos, y tendríamos que acabar por renunciar a la sociedad y a toda conversación; tendríamos que separar los sexos para que no se vieran los unos a los otros, e introducir la vida monacal y quizá algo peor. Pero esto no se podría resistir, y por eso le pasará a la sociedad lo que a nuestras mujeres que, cuando la mojigatería las estreche más y más, y llegue a ser una impudicia enseñar la punta de los dedos, cambiarán rápidamente por procedimientos, y, como impulsadas por la desesperación, volverán a exponer al aire y a las miradas investigadoras la nuca, los hombros y los senos, o harán como la larva que, en un decidido movimiento, se despoja de su capullo para convertirse en crisálida. Y así será; cuando la perversión llegue a su apogeo, y los impulsos groseros sean tan dominadores, tan estimulantes y tan sagaces "que ya no sea posible excitarlos por medio alguno", se desvanecerá por sí sola aquella falsa apariencia, y entonces se verá en toda su desnudez la joven impudicia, tan unida al cuerpo de la sociedad desde hace tiempo, que parecerá constituir su verdadera piel, y en la que se moverá natural y desembarazadamente. La perversión completa y "la educación llegada al límite de su desenvolvimiento, por la cual se volverá a la inocencia", darán fin, unidas, a la mojigatería; por la

primera, morirá con el falso pudor el verdadero por su esencia; por ésta cesará solamente de ser algo a lo que se preste especial atención y se le asigne un valor propio, y se perderá en el concepto general en el que está comprendido." (Schlegel, *Confidencias a Lucinda*, 1833.)

Esto está escrito hace justamente un siglo. No cabe duda que la profecía se ha cumplido en casi todas sus partes, especialmente en aquellas en que se refieren a la perversión, a la conversión de la larva en crisálida, al salto tremendo que ha dado la mujer por encima de los convencionalismos y las prohibiciones, harta de aguantar las estúpidas presiones de una moral tan inmoral como absurda. La verdadera Liga contra la inmoralidad, como dice Bloch, es la Liga contra la mojigatería, contra los que ven pecado y pornografía en las manifestaciones más naturales, normales y bellas del género humano. "El saber y la educación acaban con todas las mojigaterías. El hombre educado mira fijamente en los ojos al desnudo, y reconoce su valor y su necesidad; para él es lo sexual una condición y suposición de la vida, y, por tanto, en el fondo, algo ingenuo y, naturalmente, comprensible que no puede ni debe ser menospreciado, "como hacen con él nuestro hipócritas y archifanáticos mojigatos."

Lo que no puede negarse, puesto que ello está universalmente reconocido por todos los que nos hemos ocupado un poco de la vida sexual de los pueblos, es que el afán de ocultar las cosas más naturales y lógicas en nombre de la moral, de las conveniencias o de lo que fuere, da por resultado que esos aspectos lleguen a considerarse completamente antinaturales, pecaminosos y de una gravedad tal que, cuando no producen la enfermedad, determinan la aparición de unos deseos vehementes e irresistibles de violar las leyes morales y naturales verdaderamente auténticas.

El desnudo, tan noble y tan natural, se dice que es pecado. Por esta razón completamente criminal y artificiosa, ha nacido ese género de perversión sexual que es la pornografía. Claro es que, no porque un fiscal, un juez, un cura o un pretendido moralista digan que es pornográfica la reproducción del cuerpo desnudo, sea masculino o femenino, vamos a darle la razón. La tendrá, sí, pero sólo desde el punto de vista de su incultura y de su hipocresía, pero jamás desde el terreno desde donde las gentes, siquiera medianamente cultas, vemos estas cuestiones sustituyendo con la sinceridad a la mojigatería hipócrita y lasciva.

Naturalmente, no siempre esos personajes protestan en su nom-

bre ante lo que califican de obsceno: es la misma ineducación de la masa el origen de estas actitudes improcedentes, como la de un cura que entró por primera vez en un museo cuando tenía cuarenta y tres años de edad—con esto está ya dicho todo con relación a su cultura—, y, al ver varias estatuas masculinas, presa de la más viva indignación, destrozó las reproducciones de los genitales de aquellas magníficas obras de arte. Después se comprobó que, desde hacía once años, mantenía relaciones sexuales con una sobrina carnal, a la que desfloró a la edad de catorce años. Y también se supo que la excitación principal para la comisión de aquel hecho bárbaro partió de unas damas, que se lamentaron de que "nada menos que en un museo" existieran tales inmundicias.

Hasta aquí nos hemos referido al desnudo, que, en sus actitudes naturales, no es posible tacharle de inmoral, cuanto menos de pornográfico. Esta es la gran equivocación de los mojigatos: confundir el desnudo natural, es decir, a la persona de carne y hueso, con las reproducciones gráficas de la desnudez, es involucrar lo erótico con lo obsceno. Para esas gentes de criterio restringido, todo se mide por el mismo rasero, sin pararse a pensar que no es lo mismo, por ejemplo, la fotografía de un hecho mitológico, histórico o legendario, una operación quirúrgica en la región genital, un motivo artístico, anatómico, etc., que la fotografía que reproduce a dos individuos del mismo o de diferente sexo, ejecutando actos sexuales, caricias lascivas o actitudes clara y terminantemente obscenas.

La desnudez es una cosa y la pornografía, otra que, a veces, no se relaciona con la desnudez para nada, ya que se puede escribir, dibujar o pintar de una manera pornográfica sin que se advierta la menor parte desnuda del cuerpo de los actores ni se haga a esas partes más que una ligera alusión.

Que existe un arte erótico, y, si se quiere, pornográfico, no cabe duda. Pero es porque el artista, en su independencia, no atiende más que al arte, a su manera de interpretar la realidad, sin preocuparse de que el hecho que reproduce o describe pueda ser moral o inmoral; no se ocupa más que de que esté bien logrado, de acuerdo con sus aspiraciones, con su concepto de la forma, de la actitud o de la emoción, para, si lo consigue, quedar satisfecho. Habrá creado, simplemente, una obra de arte; de si es o no pornográfica, ya se ocuparán los hipócritas y los tribunales que, en esta materia, ya que actúan en nombre de la moral, suelen ser más papistas que

el Papa, en gracia, naturalmente, a que ni para ser moralistas ni jueces se exige cultura artística.

Veamos, por ejemplo, dos fotografías artísticas: en la primera, la modelo aparece en una actitud meditativa, y en la segunda, por el contrario, parece hallarse libre de preocupaciones. Es la misma modelo, las fotografías están ejecutadas por el mismo artista... y también puede ser un sólo crítico quien las juzgue. Pero, en fin, como primera providencia, ambas fotografías son consideradas como pornográficas, y retiradas de una exposición de arte donde había otras más. (Láminas IV y V.)

El presidente del Jurado admisor tiene el suficiente poder para que sus compañeros coincidan con él en sus puntos de vista. El fotógrafo, naturalmente, recurrió contra tan arbitraria decisión de aquellos cretinos, los cuales dieron la siguiente explicación acerca del elemento pornográfico de las fotografías.

En la primera, o sea aquella en que la mujer aparece en actitud pensativa, no se ve la postura, ni las luces, ni la perfección de la línea: se ve únicamente el gesto, pero interpretado caprichosa, estúpida y grosemamente: "Parece que esta mujer—dice el areópago—está pensando en que va a cometer *una mala acción*". Esa "mala acción", no puede ser otra, aun en último extremo, que el acto sexual, lo que ya es demasiado suponer, puesto que no hay nada que induzca a pensarlo, ya que falta lo más esencial: un hombre.

En cuanto a la segunda fotografía, el Tribunal sentencia: "Esta es mucho más pornográfica que la anterior, puesto que la actitud revela que "el hecho inmoral ya ha sido consumado."

He aquí, pues, cómo la intención más noble de un artista puro se presta a la consideración perfectamente obscena de la mojigatería andante, que, en su innoble lascivia, deforma de la manera más brutal el espíritu de una obra.

Analizando serenamente el caso, ¿dónde está la inmoralidad?... Si el asunto mereciera la pena, es decir, si la interpretación del Jurado pudiera ser calificada como una grave calumnia—en nombre del Arte, no cabe duda que lo es—, ese Tribunal merecería la sanción más severa por imbécil, lascivo e inmoral.

LA OBSCENIDAD EN LA IMAGEN Y EL LIBRO

El amor humano como inspirador del arte. Sexualidad y humorismo. — La sexualidad, el apetito y el sueño.—Humorismo escatológico. Pornografía grosera. — La pornografía en las estampas orientales.—La pornografía en Europa.—Cómo operan los vendedores.—Confección del material.—La obscenidad, compatible con el arte.—Pornógrafos célebres.—Literatura.—Su importancia para el clínico.—La estéril lucha contra la pornografía.

> En la cuestión de considerar a la pornografía libre y científicamente y en sus relaciones con la historia de la civilizacion, hemos dado un enorme paso atrás, y hace falta hoy día cierto valor para abrir paso a estas cosas, a fin de que puedan ser tratadas científicamente y consideradas sin prejuicios estas extrañas aberraciones del espíritu humano.
>
> IWAN BLOCH.

La obscenidad en los escritos y en lo gráfico no es un producto de la civilización contemporánea, ni mucho menos: al contrario, es un género que en los tiempos actuales está en franca decadencia, y, cuando surge algún motivo pornográfico, sólo los moralistas de profesión y las damas catequistas, intentan poner el grito en el cielo en nombre de unos principios que no comprenden y que no resisten ni el más ligero análisis serio.

Grecia, Roma, Egipto, la India, el Japón y China, es decir, los más remotos emporios de civilización, conocieron una extensa literatura pornográfica y muchísimas representaciones gráficas del mismo género.

Bien es verdad que estos pueblos, que hicieron un arte de todas las manifestaciones del amor humano, no concedían a la obscenidad

la gran importancia moral que alcanza en el criterio de los civilizados modernos; porque, al partir de la base fundamental de que la sexualidad era el principio y no el fin de los anhelos humanos, es decir, el medio más natural de lograr la grandeza de las razas, tanto se ensalzaba como se ridiculizaba esa suprema función animal, pero siempre con la mejor intención, esto es, sin intentar destruir los principios que habían de permanecer inmutables, aunque se tratase de comentar las formas inherentes a esos informes.

La sexualidad se ha prestado siempre a que los humoristas lucieran su ingenio y, al contrario, a que los analistas serios tratasen el tema con toda la gravedad que un acto tan trascendental merece, ya que resulta tanto como el más íntimo e intenso de todos los placeres que pueden experimentarse en virtud de los instintos humanos. Piénsese, por un momento, en la enorme masa de intereses espirituales y materiales que se ponen en juego cuando suena la hora del amor, y en el sinfín de circunstancias que, por lo general, envuelven a estas pasiones, y se verá que cada vez es más cierto e innegable el aforismo que dice que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso.

Prescindiendo ahora de la moralidad o la inmoralidad del desnudo, de la exhibición de los órganos genitales, del sentimiento de pudor, de todos esos caracteres que contribuyen a desproveer al acto sexual de las modalidades más crudas del hecho humano o animal, como queramos llamarlo, las manifestaciones del hombre enamorado, tan íntimas, no pueden ser nunca apreciadas por los demás que le rodean, y que quizá se comporten de idéntica manera con sus amantes, de la misma forma que las interpreta él.

Si el acto sexual se realizase con la misma espontaneidad que otro hecho cualquiera, es decir, si no fuese preciso para llegar a él el desarrollo de un proceso psicológico de tanta importancia como es el amor, el hecho no sería ni sublime ni cómico: resultaría tan simple como la satisfacción de cualquiera otra de las necesidades de la economía animal, como el comer o el dormir, pongamos por ejemplo. Y aun estos actos, que convencionalmente hemos querido creer que son más vulgares, ¿no han sido, y lo son, ridiculizados y sublimados, según el humor de quien quiera analizarlos?

Por la misma razón que se dice que es pornográfico todo lo que se refiere a los incentivos de la sexualidad, pudiéramos decir que eran inmorales un soporífero o un aperitivo, ya que ambos elementos, como la pornografía, tienen por objeto estimular las necesidades humanas. El hombre de sexualidad débil que se excita ante una postal altamente pornográfica, el que sólo puede tener apetito a fuerza de compuestos de quina, y el que no puede dormir si no toma una sustancia narcótica, se encuentran, desde el punto de vista de la lógica, en un plano idéntico. Así, pues, tan inmoral es un libro de Bocaccio como el del *barman* Pedro Chicote o como cualquiera de Eugenio d'Ors. El primero, excita la sexualidad; el segundo, el apetito, y el tercero, el sueño: los tres estimulan tres necesidades fundamentales humanas.

Queremos demostrar, completamente en serio, que, si nos obstinamos un poco, la pornografía tiene un valor científico indiscutible. Esto no es decir que la lujuria, la gula ni la encefalitis letárgica tienen derecho a ser consideradas como manifestaciones normales de la vida humana.

Las obras pornográficas de la antigüedad, ya fueran en el libro o en la imagen, no pasaban de ser una referencia o un comentario acerca de una función humana que, indudablemente, no tenían el carácter pecaminoso que después se le atribuyó; siendo considerada la sexualidad como un hecho naturalísimo, todo lo que con ella se relacionase había de ser igualmente natural y lícito. En todo caso, la sexología se prestaba entonces al chiste y al humorismo ágil y gracioso, lo mismo que en la actualidad ocurre con la escatología. Mientras se oponen obstáculos de todo género a la difusión de los libros que tratan humorísticamente del amor sexual, no hay nada que impida la difusión de los "chascarrillos aromáticos", "poemas de W. C.", "la musa de las letrinas", etc., narraciones bastante más repugnantes que las que se refieren al hecho grandioso de la procreación, o al menos importante, pero naturalmente necesario, de la voluptuosidad erótica.

La razón del porqué han variado tanto las cosas de aquellas épocas a éstas, ya la conocemos de sobra: es la misma que quiere que sea pecaminoso el desnudo. Ahora bien, es necesario observar un detalle: que la pornografía, ya sea en el libro o en la estampa, aunque se trate de los asuntos más obscenos que puedan imaginarse, siempre producen una emoción que no es exclusivamente erótica. Cuando esa narración es seria, es decir, completamente humana, siempre existe en ella cierta belleza artística o literaria; y si es humorística, excita a la risa, anula la gravedad del acto y da paso a la caricatura. Por eso decía Eduardo Fuchs que la mayor parte de las creaciones eróticas son caricaturescas.

No ocurre lo mismo cuando el narrador o el artista desdeñan en absoluto, y deliberadamente, las reglas del bien decir o las de la estética mejor interpretada; entonces es cuando aparece la pornografía burda, grosera, repugnante y brutal que, en los espíritus siquiera elementalmente cultivados, no pueden producir otros efectos que los de la indignación. Ese elemento soez de la pornografía tiene un ejemplo fragmentario en las inscripciones de las paredes de los retretes que, a veces, son el resultado de un impulso sádico de quien lo escribió.

Las licencias del lenguaje, que consisten en utilizar las palabras más groseras y las expresiones más vulgares, no pueden ser consideradas estrictamente como pornográficas, admitiendo que la pornografía equivalga a la intención deliberada de producir la excitación sexual. Los efectos obtenidos afectan más a la ética que a la sexualidad, y la emoción que produce en aquélla anula, por decirlo así, una gran parte de la disposición erótica, es decir, que aquélla se sobrepone a ésta. Puede ser, en todo caso, que, ante la lectura de esas narraciones en las que parecen rebuscarse los terminachos más soeces, surja la chispa de ingenio que produce la risa, es decir, el elemento caricaturesco; pero el chiste o el término gracioso, gracioso por su brutalidad, como ocurre a veces con ciertas blasfemias, afecta al humor intelectual, sin rozar en lo más mínimo al humor sexual. Esta literatura tiene su clientela entre ciertos sectores de los cuarteles, que proceden de la clase de los destripaterrones; porque, francamente, no sería posible usar otros términos que no fuesen los más abyectos, porque se quedarían sin traducción.

Aun en la fotografía altamente pornográfica, cabe también ese elemento caricaturesco más pronunciado. Suponiendo a una pareja en los momentos más íntimos, siempre hay detalles relacionados, generalmente, con los órganos sexuales, que mueven al comentario jocoso. Por muy bella que sea la mujer, y muy bien formado que esté el hombre, la expresión caricaturesca queda concentrada en los órganos más íntimos. Yo he visto fotografías de una obscenidad aterradora, aunque se refieren al acto sexual normal; pero sucede que los actores son dos pobres viejos con un indumento estrafalario, detalle si cabe más humorístico, mejor dicho, el eje del humorismo, que el acto en sí, pues, de estar ambos cuerpos desnudos, el espectáculo sería repugnante y trágico nada más.

De todo el grafismo obsceno que se editó hasta no hace muchos años, lo único que se sostiene en el mercado secreto de estos traficantes es lo humorístico. Realmente, la sexualidad parece más bien un pertexto que la finalidad fundamental, puesto que se refiere a esos contrastes que no se admiten en la vida normal: un viejo con una niña, un sacerdote con una bailarina, una religiosa con un patán, etcétera, donde a la pornografía se une el escarnio hacia otros sentimientos independientes del hecho central.

He tenido ocasión de ver muchísimas colecciones de fotografías y estampas de esta naturaleza editadas en Occidente, en la India, en Egipto y, sobre todo, en China y Japón. Puede decirse que, tal vez como el asunto es tan viejo como el mundo, entre unas y otras no se advierte otra originalidad que la que pueda encontrarse en los procedimientos materiales de reproducción y en los detalles más o menos fantásticos y accesorios. Claro es que, para mi retina de occidental, los asuntos más reales y mejor ejecutados son los ideados por nuestros hermanos de raza blanca, ya que no acierto a explicarme el valor altamente erótico de una colección de 150 láminas chinas, todas diferentes, en las que figuran los mismos modelos, un hombre que acaricia los pies de una mujer, que en unos dibujos deshoja una flor, en otros sorbe té, en algunos come arroz, etc.; pero siempre es la caricia de los pies horriblemente deformados el motivo esencial de la pornografía.

El propietario de esta colección, un rico comerciante chino establecido en Fu-Chow, de gran cultura artística además, elogiaba calurosamente el arte de aquellos dibujos, independientemente del elemento erótico. Pero, sinceramente, me fué imposible comprender lo uno y lo otro.

Las imágenes japonesas ya son más comprensibles, puesto que, aunque se refieran a perversiones que en Occidente no se practican, tienen una explicación psicológica, dada la moral sexual de aquella raza. Tenemos, por ejemplo, lo que clínicamente pudiéramos denominar "fetichismo de los espíritus", que se asemeja a la necrofilia. Generalmente, es el recuerdo de alguna geisha célebre el motivo elegido. Figura una imagen que reproduce su rostro y, además, varias inscripciones que simulan palabras que salen de sus labios, generalmente, cariñosas y como dirigidas a estos amantes de la pornografía. Para nosotros no pueden tener valor pornográfico frases como éstas: "Yo soy el verano y tú eres la nieve del Fujiyama", "Mis labios son tan rojos como la flor del cerezo", "Mis caricias para ti, son más bellas que la muerte de un *samuray*", y otras por el estilo.

No hay que olvidar que en el Japón se hace un arte del amor sexual, pero no del tranquilo amor del hogar, sino del que sólo puede gozarse entre los brazos de las prostitutas, maestras en todos los refinamientos, con especialidad los de la poesía erótica. En esas imágenes, la geisha está completamente vestida, sin mostrar más que las puntas de los dedos y el rostro muy maquillado. Todo el elemento pornográfico radica en las frases que se supone pronunciadas por ella. La familia de una geisha entabló una querella contra el editor de una colección de dibujos, en los que figuraba esta frase: "Yo te brindo las delicias del beso de Occidente". Este beso, como ya hemos dicho, resume la mayor pornografía, la licencia más brutal y grosera que puede permitirse una mujer. Los querellantes ganaron el asunto, cobrando una indemnización de varios miles de yens.

En cuanto a la India, los asuntos son más claros, y los comprendemos mucho mejor. Ahora bien, para estas gentes no tienen significación deshonesta siempre que se trate de actitudes humanas: lo malo es cuando se refieren a relaciones de personas con animales, siempre que estos animales no sean representaciones de las divinidades, tales como la cabra, la vaca o la serpiente. En estos casos, la licencia queda como santificada por el motivo religioso. Pero si se refiere a un hombre cohabitando con una cerda, las cosas varían mucho. El motivo es entonces, además de erótico, repugnante y humorístico.

En Egipto se observan en este aspecto muchos puntos de contacto con la estimación de los hindúes. No obstante, su pornografía no es nada grave, sino, por el contrario, alegre y jocosa. Se ridiculiza a los necrófilos embalsamadores de cadáveres y a los profanadores de momias; pero estas momias no son humanas en las estampas: son de animales, como el cerdo, el búfalo, el cocodrilo, etcétera, en las que, esto no obstante, se advierte casi siempre un rasgo humano. Tampoco se refieren al coito, sino que aluden a cualquier grave perversión, a más de la necrofilia. Por lo general, es la escatofagia en sus dos variedades urolágnicas y coprolágnicas; y también con referencia a la algolagnia, o sea al sado-masoquismo, he tenido ocasión de ver algunos dibujos de escaso interés.

Con referencia a la pornografía occidental, que no comprenden los orientales calificándola de grosera y animal, no cabe duda que es mucho más varia, y sus motivos más abundantes; también la fantasía entra en gran parte en las composiciones más sugestivas, hasta

el punto de que la práctica de los hechos que reproducen es totalmente imposible, lo que no se observa en la obscenidad oriental.

La más vulgar pornografía, es esencialmente europea, editada en Francia, Alemania, Bélgica y España, principalmente en Barcelona que es uno de los centros de importación más conocidos de la Policía de costumbres de toda Europa. París exporta a todo el mundo millones de postales y fotografías de *poses lubriques*, con la diferencia sobre Barcelona que en la capital francesa el comercio no es clandestino, sino que se realiza "con todas las de la ley", si bien todo esto se vende *sous pli fermé, sans marque extérieure*. En Valencia hay también una casa que se dedica a este género, por lemás lucrativo, ya que, por lo general, pide el dinero por anticipado, quedándose con ello sin remitir lo que prometen: lo sé por experiencia. Esta habilidad la practican varias casas más, aunque ninguna con el descaro de la aludida librería valenciana.

En estas fotografías y tarjetas postales se representan escenas de onanismo, masturbación, safismo y tribadismo, sodomía, homosexualismo, bestialidad, incesto, sadismo y masoquismo, deshonestidad con los niños, pequeña necrofilia, orgías, estupros, violaciones y, en fin, cuantas manifestaciones absolutamente inmorales puede sugerir la fantasía de un pervertido sexual.

Todo esto se anuncia bajo los títulos de "fotografías galantes" o "escenas curiosas". Al principio remiten unos desnudos completamente morales, de factura francesa, que no tienen nada de particular. El cliente recibe a la vez un catálogo en el que ya se anuncian "poses sugestivas" o "escenas realistas", pero que no vende la casa, aunque pueden facilitarlas dirigiéndose a "una casa francesa", de la que se dicen representantes. Como quiera que dicha supuesta casa no hace envíos a España contra reembolso, es necesario enviar el importe por anticipado, en cuyo caso suele tener lugar la estafa.

Cuando la casa es seria—puede asegurarse que no hay ninguna que se dedique a este negocio que lo sea—, para despistar a la Policía española, finge que las fotografías son remitidas por la supuesta casa francesa. En realidad, no se trata más que de un agente que vive en Hendaya o en cualquier otra ciudad fronteriza, el cual recibe la mercancía que se edita en Barcelona, Valencia, Sevilla o Madrid, por lo general muy chabacana, pobre, burda y repugnante. Estas fotografías se venden al precio de una hasta cuatro pesetas unidad.

La demanda de tales fotografías pornográficas va siendo cada día menos abundante. Aparte del coleccionista normal, es decir, del cu-

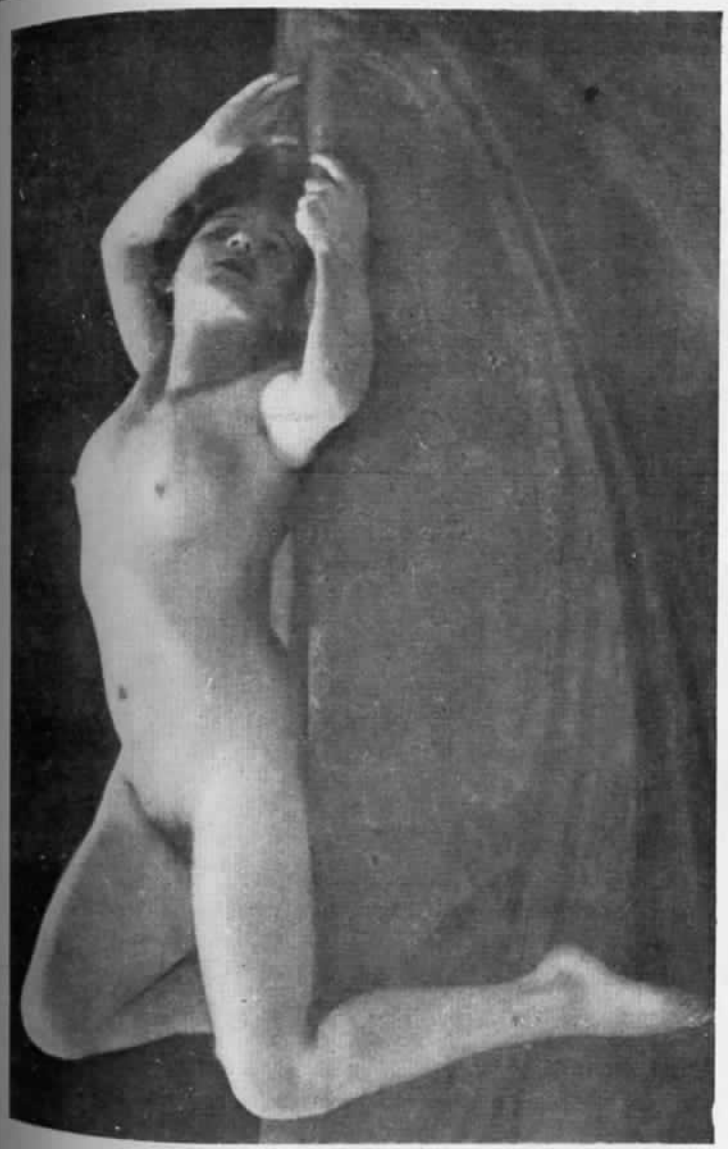
rioso que las busca para sus archivos, sólo son las gentes menos cultas o los viciosos y pervertidos el público que va quedando. Conozco a siete individuos aficionados a la fotografía pornográfica, y de cinco de ellos pudiera asegurar que se trata de débiles o tímidos sexuales y masturbadores. Los otros dos son fetichistas de lo pornográfico de vida sexual completamente autoerótica; prefieren ambos las escenas de flagelación y casi todas las formas algolágnicas; es una especie de mixoscopia de imágenes.

De todas formas, los efectos perniciosos de la pornografía de imágenes no pueden discutirse, especialmente en los niños y jóvenes y adultos de mala preparación intelectual. Su influencia sugestiva no se limita a la excitación natural, sino que, por lo común, constituye el punto de partida de las más graves perversidades sexuales.

Conozco el caso de un joven educado en la severidad de un ambiente familiar completamente anacrónico, que, cuando llegó al matrimonio, había practicado dos veces el acto normal. Su educación sexual corrió a cargo de un viejo libertino amigo de la familia, el cual le mostraba con frecuencia las adquisiciones pornográficas que realizaba, reproducciones de toda la sexualidad perversa. Cuando llegó al matrimonio con este bagaje, su esposa, que, por lo visto estaba mejor orientada que él, se negó a satisfacer sus caprichos hasta el punto de dar lugar a la demanda de divorcio. Este individuo había practicado la masturbación excitándose con aquellas fotografías, y no le era posible experimentar la menor sensación como no fuese teniendo delante las reproducciones de aquellos actos perversos que la buena orientación sexual de su esposa rechazó tan enérgicamente.

En las casas de prostitución es muy frecuente escuchar anécdotas referentes a esta forma de la perversión sexual. Hay individuos que sólo acuden a estos sitios para practicar las posturas o actos reproducidos en las colecciones pornográficas. Este aspecto curiosísimo de la perversión no ha sido estudiado debidamente, tal vez porque apenas trasciende de los burdeles, y el número de sus adeptos no es muy abundante. No obstante, el mayor porcentaje lo arrojan los hombres de edad y los jóvenes sexualmente agotados. En París y Berlín hay unos clubs especiales en los que se practican los denominados "cuadros vivos" y "estatuas animadas", cuyos actores, generalmente libertinos de los dos sexos, se entretienen en reproducir las escenas que imaginan los editores de asuntos pornográficos.

Al mismo tiempo, estos clubs sirven de estudios para la obten-



LA PORNOGRAFÍA EN EL ARTE

Esta pose es complemento de la anterior: fué considerada inmoral por suponerse que la actitud de abandono revelaba que el «acto inmoral» había sido consumado.

LAMINA V



PORNOGRAFÍA FRANCESA

Como dato acerca de las diferencias etnográficas de apreciación sobre la pornografía, reproducimos esta postal, que, al igual de otras, circulan libremente por Francia.

LAMINA VI

ción de fotografías "curiosas" que, para algunas artistas de variedades, constituyen una fuente de saneados ingresos. Estando en París, recibí por correo una tarjeta postal de una artista española, cuya efigie, bastante bella por cierto, puede verse expuesta en los escaparates de los establecimientos que se dedican a esto. (Lámina VI.)

La venta y la circulación "oficial" de este género de fotografías es completamente libre, lo que prueba que el criterio de los franceses respecto de la pornografía es bastante amplio. No obstante, para un juicio imparcial la pornografía relativa que se advierte en la fotografía citada, no cabe duda que está más en la parte de vestido que en la de desnudo. Lo que no toleran los franceses es la exhibición de un desnudo sin que la vegetación pilosa de los órganos genitales esté debidamente afeitada por el lápiz del retocador. No obstante, en los libros sobre desnudismo está contenido el desnudo integral con ese pequeño "vestido" púbico cuya función fisiológica no la tenemos aún suficientemente aclarada.

Las fotografías "más graves", aparte de la exportación, son muy solicitadas en Francia por los soldados de las fuerzas coloniales, los presos y las gentes de mar. La colección más interesante que he visto de fotografías occidentales me fué mostrada por el capitán de un buque sueco. Entre las actrices de estas escenas había muchas "estrellas" cinematográficas de renombre universal.

La confección de este material es fácil en Francia, ya que a ello se prestan sin gran inconveniente, no sólo los prostitutas, sino también las artistas de "music-hall". En España, según un editor, el problema es bastante difícil, pues ni las prostitutas se avienen a las ofertas más beneficiosas, a no ser con el rostro cubierto. Por lo general, las fotografías se obtienen de manera que, mediante el retoque, sea fácil sustituir la cabeza de los modelos originales por otras de distintas fotografías. Los anuncios por los que se solicitan "señoritas para modelos de fotografías de desnudo", no obedecen a un deseo artístico del fotógrafo, sino al pedido de cualquier editor pornógrafo, que paga los clichés a cincuenta pesetas. Hace algunos años, un fotógrafo de Barcelona exportó a la Argentina fotografías por valor de más de un millón de pesetas, según me dicen, valiéndose de una importante editorial de novelas folletinescas. La importación estaba entonces prohibida en la República del Plata, pero la mercancía entró sin dificultad entre las cajas de libros. He tenido ocasión de ver algunas de estas fotografías, pésimamente ejecutadas. Ahora bien, no hay estancia en la que escaseen las mujeres donde cada

obrero no tenga "para su uso íntimo" algunas postales de esta clase.

Hay también otra clase de pornografía fundamentalmente artística, ante la que, serenamente, no es posible emitir un juicio definitivo ni en favor del elemento artístico ni en contra del significado pornográfico hasta después de haber examinado con detenimiento las circunstancias todas del hecho. No obstante, aun en reproducciones francamente obscenas de mucha celebridad, se encuentra un fondo artístico indiscutible, acaso más interesante y sugestivo que pueda serlo la intención pornográfica.

La afirmación de que la pornografía no se aviene con ningún temperamento artístico es completamente falsa, ya que los más grandes maestros de la pintura y fotógrafos de tanta celebridad como Manassé, Keppler, Henriet, Meyse y otros cuyas obras reproducen todas las revistas audaces y muchas gráficas—si bien no pornográficas—del mundo entero, han realizado poses de una obscenidad tremenda, pero completamente artísticas y de una belleza insuperable.

Entre los pintores que han pintado asuntos pornográficos pueden citarse a Leonardo de Vinci, Carracci, Rembrandt, Watteau, Cranach y muchos más de otras épocas, cuyas obras figuran en la Galería Pitti, de Florencia, en el Museo Privado del Vaticano y en otras pinacotecas no menos célebres. No es decir que se dedicasen a este género exclusivamente, sino demostrar que la compatibilidad de la pornografía con el temperamento artístico es perfectamente natural y nada deshonroso.

Casi todos los grandes maestros del Renacimiento italiano hicieron obras pornográficas, incluso con referencia a asuntos religiosos, como Sebastiano del Piombo, el gran amigo de Miguel Angel, en su "Martirio de Santa Agata"—a cuyo cuadro nos hemos referido en otro volumen—y otros muchos que trataron motivos profanos desde el mismo punto de vista.

En cuanto a la pornografía en la literatura, mucho más perniciosa que la de la imagen—aparte de que suele estar ilustrada con imágenes igualmente obscenas—y, además, de mayor importancia desde el punto de vista clínico, en todos los tiempos ha florecido y se ha desarrollado, porque siempre encontró para ello el ambiente propicio del humorismo. Ahora bien, como reconoce Bloch muy atinadamente, "la más grave de todas es la pornografía francesa, por la elegante vestidura en que se envuelve, mientras que la erótica inglesa resulta repugnante o, cuando menos, asusta por la crudeza de las expresiones vulgares y ordinarias".

No hay más extensa bibliografía obscena que la editada en Francia en ningún país del mundo, pues en aquellos en que en tal sentido no se manifiestan los escritores indígenas, son también las traducciones francesas las que cubren la demanda. Resultaría una tarea poco menos que imposible enumerar los libros, buenos y malos, que se han escrito en Francia sobre un tema tan socorrido. Voltaire, Mirabeau, Alfredo de Musset, Guy de Maupassant, Teófilo Gautier, Diderot, Crébillon y, sobre todo, el Marqués de Sade y Rétif de la Bretonne. En Alemania fueron Goethe y Schopenhauer, y en Italia, el Aretino, Boccaccio y Casanova. De los contemporáneos, pocos merecen citarse, ya que no hacen más que seguir los pasos que iniciaron los clásicos de la erotología y la pornografía.

En la Francia contemporánea hay editores y libreros que hacen verdaderas fortunas con este sólo género, pero mucho más refinado, nada grosero y hasta no exento de arte. Claro es que la preocupación natalista de Francia durante los últimos cien años ha encontrado en esta literatura un auxiliar poderoso para la repoblación. No obstante, esta razón no justifica el desarrollo creciente de esa literatura refinadamente obscena, ya que no siempre sirve para excitar los polos de la sexualidad normal, sino que tiende a promover el libertinaje y la perversión. Un libro de escasas páginas, pero de la más pornográfica literatura, es uno titulado "L'Art d'aimer", de un autor desconocido que, al precio de veinticinco francos (unas doce pesetas) se vende, como dicen las libreros, "como pan bendito". Y esto no obstante, la pornografía de la obrita es tan sutil que, a pesar de su portada tan sugestiva, difícilmente puede ser interpretado por todas las intelectualidades. (Lámina VII.)

El género que más estragos causa es el de la pornografía algolágnica, cuyos nutridísimos catálogos anuncian centenares de títulos a cual más "sugestivos". Hay uno, de Cluadio Vildor, "El doctor a latigazos", que en su fina pornografía no falta el detalle científico, unas veces grosero y otras interesante y fino, que no puede desdeñarse por el clínico que se ocupa del estudio de las perversiones sexuales. (Lámina VIII).

Hay muchas obras de esta naturaleza que aportan datos de valor, a pesar de su fondo y su intención nada plausibles, pero que para el investigador resultan interesantísimos como documentos que permiten estudiar en todas sus formas la génesis y el desarrollo de los múltiples aspectos de la sexualidad morbosa. Ahora bien, como dice un autor, los escritos pornográficos pueden compararse con los ve-

menos de la naturaleza, que "también tienen que ser estudiados, pero que sólo deben confiarse a quienes conocen sus dañinos efectos y pueden dominarlos y paralizarlos y los consideran como un objeto de investigación o análisis por medio de los cuales podrán comprender otros particulares científicos".

Esto es lo único bueno que se encuentra en la literatura francamente pornográfica que, naturalmente, no puede ser buscado por los individuos a quienes no interesen estos estudios científicos, por la sencilla razón de que encontrarían siempre aquello que ni a él ni al investigador importa hallar cuando la intención que les guía en sus investigaciones está apartada del dominio de las influencias que no pueden ser consideradas como legítimamente naturales.

El marqués de Sade, Sacher-Masoch, Rétif de la Bretonne, etcétera, no cabe duda que fueron grandes pornógrafos; pero es cierto que, hasta que estos tres literatos no se ocuparon de la algolagnia activa, de la pasiva y del fetichismo, respectivamente, los hombres de ciencia no empezaron a estudiar estas perversiones sexuales con todo el interés que merecen, no ya en el terreno anecdótico o novelesco, sino desde el punto de vista científico esencialmente. Que toda esta pornografía ha resultado utilísima para los intereses de la humanidad, es un hecho que no puede discutirse; pero que también ha producido víctimas y ocasionado dramas muy graves, es inútil negarlo.

Todo ha dependido de la forma de analizar esas narraciones: "Todo es según el color del cristal con que se mira". Por esta razón, la pornografía no puede ser puesta en todas las manos, después de que el hecho sea legítimamente calificado de pornográfico; pues, en caso contrario, nada tiene de particular que se hagan peligrar intereses científicos o literarios mucho más respetables que las opiniones de los perseguidores. La presente publicación, que no tiene punto por donde poder tacharla de pornográfica, ha sufrido persecuciones por parte de ciertos elementos claramente enemistados con toda idea de renovación y de progreso; pero que, a pesar de todo, continúan oprimiendo con sus negros tentáculos los resortes de algunos mecanismos de la actividad oficial. Después de todo, no hace mucho tiempo que el cura y el alcalde de un pueblo de Zamora quemaron en la plaza pública los "Episodios nacionales", de Galdós, porque, a su juicio, eran "inmorales y pornográficos"; en vista de ello, reconocemos sinceramente que no hay mayor pornografía que la de los moralistas.

Iwan Bloch, en su magistral obra "La vida sexual contemporánea", escribe lo siguiente: "¿Cómo contrarrestar la perniciosa influencia ejercida por la literatura pornográfica? Creo que todos los afanes de las sociedades destinadas a combatir la inmoralidad son o ilusorias o una espada de dos filos, puesto que nunca consiguen sus objetivos y, en cambio, coartan, por desgracia, la libertad del Arte y de la Ciencia. Todas las medidas destinadas a impedir que niños y adolescentes, y aun personas físicamente desarrolladas, pero cuya inteligencia no corresponda al desenvolvimiento corporal, lean libros que, "aunque científicos y religiosos, como la Biblia no expurgada" y revistas ilustradas, pueden serles perjudiciales, deben ser aprobadas. Pero todas esas prohibiciones y todas las campañas contra la inmoralidad conducen a incrementar la pornografía, y, mientras más severas sean las medidas que contra ella se adopten, mayor será la propagación. La experiencia de antaño ya lo demostró, y es un hecho irrefutable. ¿Han desaparecido, acaso, los libros pornográficos que hace más de quinientos años fueron confiscados y recogidos, al decir, todos sus ejemplares y quemados por el verdugo, y los obscenos grabados en cobre cuyas planchas fueron destruídas? ¿Han servido de algo todas las confiscaciones y condenaciones de los libros prohibidos? No; todos esos escritos pornográficos, cien veces confiscados y destruídos, vuelven a aparecer de nuevo, y más numerosos, a medida que más se los persigue. La lucha contra ellos ha sido en todos los tiempos la lucha contra una hidra y un trabajo de Danaides, algo inútil, que tiene además la desventaja de que el celo para ello desplegado produce daños injustos en los aspectos verdaderamente científicos y literarios."

Ignoran los represores de la inmoralidad efectiva o supuesta, que no hay mayor estímulo para el lector o el espectador que la calificación de inmoral de un libro o de un espectáculo. Ocurre con esto lo que sucedió en los Estados Unidos con la promulgación de la ley seca: que muchísimas personas que en su vida habían bebido una sola gota de alcohol, llegaban a jugarse la libertad, y algunas veces la vida, por un vaso de wisky. El borracho y el pornófilo tienen entre sí muchos puntos de semejanza: ambos son individuos en los que lo primero que se advierte es la falta de voluntad para dominar sus pasiones o aficiones. El refrán que dice que "la privación es causa del apetito", es tan antiguo como el mundo, y su sentido resulta completamente universal.

PORNOGRAFIA Y CIVILIZACION

La libertad sexual, incompatible con la obscenidad.—El adulterio en los pueblos primitivos.—Literatura pornográfica en Cambodge. La mujer del guitarrista.—Canciones populares.—La pornografía del beso.—El Príncipe Azul y la Bayadera Blanca.—La civilización creadora de lo obsceno.—Informe de un antropólogo.—Los dos extremos.—La obscenidad del desnudo de Cristo.—La obscenidad en los manicomios.—El antídoto.

En los países civilizados o incultos donde el problema sexual no existe, ya porque no haya existido nunca o bien por haberse solucionado con medidas inteligentes, la pornografía ha desaparecido o no se ha conocido jamás. Ha ocurrido también que, en muchos pueblos donde nunca se conoció, la obscenidad ha surgido por el contacto con la civilización, manifestándose en todas sus formas, no como elemento artístico o natural, como ocurría, por ejemplo, en la antigua India, en los pueblos del Islam, en Extremo Oriente, etcétera, sino en sus formas exclusivamente eróticas, licenciosas y perversas.

Rusia, sobre todo, Alemania y los países escandinavos han visto desaparecer la pornografía por medio de la implantación de las leyes de la libertad sexual perfectamente contralada que, a la vez, dieron al traste con el libertinaje y la tremenda inmoralidad que existía, especialmente en Rusia.

Entre los indígenas de muchos pueblos antiguos donde la función de los sexos no se estimó más que como un hecho natural, no sólo no se hizo pornografía, sino que esos actos adquirieron un carácter perfectamente grave y respetable, que afectaba a la esfera de lo sagrado. A lo sumo, como quiera que el amor sexual es el resultado de un proceso psico-fisiológico que implica un porción de variaciones con respecto a todos los sentimientos y actividades humanas, las manifestaciones que pudiéramos llamar obscenas, son casi

siempre folklóricas y se basan, no en el hecho sexual en sí, sino, a lo mejor, en aspectos tales como el adulterio, en su relación con el sentimiento de propiedad. En algunos pueblos de Surasia, por ejemplo, Annam, Tonkín, Laos, etc., el humorismo sexual, que no puede llamarse pornográfico, no se relaciona con la muchacha soltera, sino que siempre alude a la casada, a la que es "propiedad" de un hombre que la mantiene y la protege, es decir, que "cuida la viña para que otro se la vendimie", según el dicho castellano.

En estos países existe una extensa literatura, muy graciosa por cierto, y que revela un humorismo leal y nunca mal intencionado, según se advierte en la pornografía de los civilizados. Un cuento cambodgiano titulado "Peit Mokot", muy ingenioso, es el siguiente:

«Peit Mokot ha visto, vestida con su sola desnudez, a una princesa que se bañaba. Peit Mokot está muy excitado, y, al marcharse la princesa, la sigue con su preceptor. Este no desea otra cosa que calmar la voluptuosa excitación de su discípulo. Encuentran a un rico chino que camina subido en una carreta tirada por bueyes, el cual lleva a su hija a casarse. El preceptor arrastra a su discípulo hasta una cabaña dentro del bosque, advirtiéndole que se acueste y se cubra perfectamente el desnudo cuerpo. Después se marcha adonde está el chino y suplícale que permita a su hija vaya en ayuda de su joven esposa, a la que ha sorprendido los dolores del parto. La joven china sigue al preceptor, que le suplica le diga, una vez verificado el alumbramiento, si se trata de un chico o de una chica.

La china penetra en la cabaña, levanta la cubierta y retrocede toda asustada, gritando:

—¡Pero si es un muchacho!... ¡Es un muchacho!...

Pero Peit Mokot la atrae hacia sus brazos y la cubre de besos hasta que se calla o lanza tan sólo débiles y característicos suspiros.

Momentos después, al salir de la cabaña la linda viajera, el preceptor la pregunta:

—Decidme, ¿decididamente es chico o chica?

—¡Oh!, no hay duda que es un chico—responde ella riendo. Y vuelve, satisfecha, adonde la estaban esperando su padre y su novio.»

«La mujer del guitarrista» es otro cuento cambodgiano: «Una mujer más linda que virtuosa tenía por amante un apuesto man-

cebo, con el que se pasaba sus más dulces momentos, sin que lo sospechase su marido. El pobre marido era un músico consumado; por lo menos, su mujer no se cansaba de decírselo. Para complacer, pues, a una tan amable compañera, por la noche, al momento de acostarse su mujer, nuestro hombre tomaba su guitarra—instrumento favorito—, y, sentado bajo el mirador, lanzaba al viento tales melodías que eran capaces de enternecer a un búfalo. Este era, precisamente, el momento escogido por la infiel para recibir a su amante, entregándose ambos a los más locos frenesíes con su acompañamiento de música y todo. De cuando en cuando ella exclamaba, llena de gozo y de transporte:

—¡Oh, amigo mío, qué delicioso es todo esto!... ¡Yo me desmayo!...

O bien:

—¿Oh, qué placer experimento!... ¡Quisiera que esto no se acabara nunca!...

Y el marido, encantado, continuaba todavía con más ahinco, hasta que el buen mozo se separaba de su querida, extenuada de caricias y de voluptuosidad.

Esta comedia venía celebrándose mucho tiempo, pero todo cansa. Y entonces la mujer tuvo el nuevo capricho de engañar a su marido durante la comida. Un día que ambos estaban comiendo su arroz, levantóse ella de repente diciendo:

—Pero, ¡¡mira que soy distraída!, pues ¿no he olvidado el jengibre? Voy a por él. Continúa comiendo, que vengo en seguida.

Y sale para reunirse con su amante en un campo vecino, volviendo luego al lado de su marido.

—Pero, ¿no sabes lo que me ha ocurrido?—decía riendo como una descosida—. ¡Cuánto te hubieses reído si me hubieras acompañado! Nada menos que en mis esfuerzos por arrancar el jengibre, el tallo se ha quebrado entre mis manos y me he caído de espaldas cuan larga soy. Mira, mira, aún estoy toda llena de tierra.

Y el cándido esposo, riendo también a boca llena, sacudía bonachonamente la espalda de su mujer.

Al día siguiente, como ella quisiera jugarle la misma pasada, su marido la detuvo, diciéndola:

—¿Otra vez el jengibre?... Tú te burlas... ¿Adónde vas?... Dime la verdad.

—¿Quieres saber la verdad? Pues mírala. Voy a juntarme con mi amante.

—Venga, nada de bromas de mal género... Dime adónde vas..., que yo no estoy ciego, y si tuvieses un amante lo sabría.

—No me quieres creer... Pues bien, cuando yo vuelva a ver a mi amante, tú mismo me quitarás el taparrabos.

—Bueno, acabemos con la broma... No creo lo que dices, pero no me viene bien que me lo digas; me entra pena.

Pero la muy bribona no por esto estaba menos decidida a poner en práctica su cruel burla. Llegado el día siguiente le dijo a su amante que se escondiera en el retrete.

Una vez el pájaro dentro, la muy ladrona todo eran zalamerías con su marido.

—Eres muy amable para conmigo—le decía—. Y como quiero regalarte hoy, voy a hacerte uno de esos pasteles que tanto te gustan.

Y se puso a amasar la pasta con tanto ardor, que pronto se llenó hasta los codos.

De repente, se para y se pone a retorcerse toda, gritando:

—¡Ay, qué cólico más espantoso!... No puedo aguantarme... Es preciso que vaya al retrete... ¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡Quítame el taparrabos, que yo tengo las manos llenas de pasta!...

Tan pronto como el marido la hubo quitado el taparrabos, escapó, completamente al pelo para la cosa.

Algunos días después la desvergonzada le decía a su marido, riéndose.

—No sé de qué te sirven todos tus celos... Con celos y todo, no puedes evitar que te engañe.

Pero, ¿cómo?—repuso esta vez, ya inquieto, el marido—. Vigilándote como te vigilo, eso me parece imposible.

—¡Bah! Mira: el otro día, mientras preparaba la pasta, ¿no me quitaste tú mismo el taparrabos para que pudiera ir al retrete, donde me esperaba mi amante?

El pobre hombre quedó anonadado. Y no teniendo ya duda alguna acerca de la infidelidad de su mujer, exclamó a guisa de consuelo:

—Decididamente, cuando una mujer se propone engañar a su marido, lo consigue siempre..., y nada es capaz de evitarlo. Pues Dios ha dicho que el hombre experimenta sus pasiones tres veces por día y la mujer siete. La mujer debe, pues, engañar a su marido siempre que tenga lugar y ocasión para realizar el engaño.»

Acerca de la literatura siamesa, dice Thalasso en su «Antología del amor asiático», que aunque muy libres, sus canciones y romanzas eróticas saben, sin embargo, velar con mucha finura las más comprometidas y escabrosas situaciones. «Se creería estar leyendo las composiciones de uno de nuestros poetas libertinos del siglo XVIII, a su regreso de Asia.» La siguiente canción popular, estimada como muy pornográfica, resulta, para nosotros, de una inocencia encantadora. Se titula «Sumisión», y dice: «Cuando después de haberte bañado en el río,—en el tercer día de la luna — te haces más deseable todavía—, poniéndote un vestido del color de tu cuerpo.—Dime, hermosa mía, ¿bastarían tres cestos de azafrán—para colorear tu garganta, tus brazos y tu rostro?

»Ninguna joven sabe como tú excitar a los hombres.—Cuando te paseas, completamente a solas, a la sombra de las palmeras,—ninguna tiene tus gestos lascivos ni tus ojos provocadores.—Y bella y fresca como eres,—debes tener muchos más adoradores.—¡Que no haya en tu cuerpo rincón alguno para ocultarlos!

»Por la mañana, cuando vengo a verte bajo la galería,—por el solo placer de conversar contigo,—o por la tarde, cuando me cuelo en el gallinero—por el solo placer de sentirme cerca de ti—O por la noche, cuando mi mano busca estrecharte—por el agujero de la tabla hecho cerca de tu cama.—Tu madre podrá decirme todo cuanto le plazca,—reproches, insultos, juramentos..., lo acepto todo de antemano—me resigno a todo... Ni me incomodaré ni le contestaré,—te lo prometo, amada mía, y bien puedes fiar en mi palabra,—pero, a ello te conjuro: no me rechaces—... Un rinconcito para poder también ocultarme en tu cuarto.»

Otra canción popularísima en la Indochina, dice: «De día y de noche no huelo sino a ti...—Las uñas del deseo se hunden en mis senos— y los labran voluptuosa e incansablemente...—Tu presencia, que tanto amo, puede solamente calmar la angustia intolerable...—La flor del amor es una flor de cielo...—Quiero ofrecértela con las dos manos, tómala...—Y te ofrezco mi

mediados del siglo XIX no se conoció el uso del vestido, impuesto por los misioneros cristianos, ni se supo que el hecho de atender a la multiplicación de la especie en los bosques, entre las frondas, bajo la sombra de los árboles o la luz de la luna, fuese un pecado que castigaba ferozmente la nueva religión que se les imponía. Estos indígenas, que acostumbraban bañarse completamente desnudos y en la más noble promiscuidad de sexos, fueron obligados, no sólo a separarse, sino a no bañarse tampoco. Un gobernador que hubo en Fiji protestó enérgicamente contra la ingerencia de los misioneros en la vida ancestral de los indígenas, lo que produjo el descontento de este pueblo, que no comprendía cómo la religión nueva podía manifestarse contraria a las leyes fundamentales de la naturaleza. «En la época que visité los pueblos de que hablo—dice lord Stanmore—, se consideraba acto punible y se castigaba con prisión y multa, el vestir según la costumbre indígena, el llevar el cabello largo, el adornarse con una guirnalda de flores, el luchar o jugar a la pelota y el edificar una casa indígena; acto punible también era el no llevar camisa y pantalón, y en ciertas localidades el omitir además la chaqueta y los zapatos. Todo esto a más de las leyes especiales que obligaban a una severa y puritana observancia de la fiesta dominical. Eran castigados con prisión y multa los que se bañaban los domingos, y en algunos puntos esta infracción de la ley era castigada con azotes, habiéndose dado el caso de ser azotadas algunas mujeres por tan leve pecado. Estas circunstancias y otras de la misma índole son causa casi siempre de las revoluciones y rebeldías.»

Todas estas leyes siguieron desarrollándose con la ayuda de la prisión, la multa y el palo, aparte de los estímulos que para los no pecadores habían instituído los predicadores sagrados.

Al suprimirse las manifestaciones naturales, ocurrió lo que siempre sucede en estos casos: la mujer, mejor dicho, el amor sexual, que hasta entonces había estado establecido sobre unas bases absolutamente normales, llegó a constituir la preocupación primordial de la vida indígena. Ni los matrimonios legalmente constituídos podían hacer uso de sus derechos más que en días determinados, no porque la prohibición estuviese mantenida por guardianes de vista, sino por temor a que fuesen ciertos los castigos que los misioneros decían aplicarse en la otra vida. El poder del hombre blanco fué unánimemente reconocido en virtud

de las pruebas indiscutibles de su supremacía sobre la raza indígena.

De esta forma empezó a estructurarse la nueva moral, cuya base más sólida consistía en el desprecio ascético del sexo. Desde entonces se conoció el adulterio, el incesto, el aborto, el infanticidio y todos los delitos relacionados con la sexualidad. Al mismo tiempo, los cantos y poemas de amor de los indígenas se transformaron para dar paso a la pornografía más descarada, lo mismo verbal que plástica, relacionada casi siempre con la bestialidad, porque los animales, al decir de los indígenas, «no manifestaban temor a los castigos de los dioses blancos».

Algunos de estos hechos, que llegaron a conocimiento de las autoridades civilizadas, dieron lugar a que se impusieran sanciones y se creasen nuevas figuras de delito; pero a la vez sirvió de motivo para que el cancionero popular enriqueciese sus libros con poemas como este: «Hay hombres que no se avienen—a las leyes del dios blanco, que son sabias,—y para no incurrir en el dolor de la otra vida—buscan el placer en esta,—haciéndose esposos de las perras—que han traído los hombres blancos.»

Para estos indígenas no hay animal más inmundo que el perro; pero como es también el más dócil, de ahí que las prácticas del bestialismo se cometieran con los perros, en lo que, según un etnógrafo, se advertía una mezcla de escarnio hacia las teorías sexuales de los misioneros y de adoración a dichos animales, tan estimados por los cristianos.

En los troncos de los árboles y en la arena de las playas no era extraño que aparecieran toscos dibujos representando esos actos bestiales. En algunos Museos de Etnografía existen esculturas en barro y madera de una pornografía grosera y sin precedentes en el arte de esos pueblos.

Al mismo tiempo, se crearon signos simbólicos del acto sexual, con los que se entendían los hombres y mujeres de esas islas para burlarse de las doctrinas de los misioneros. Las perversiones sexuales se desarrollaron de una manera alarmante, especialmente la homosexualidad. También se cantaban canciones de indudable sentido, que han sido coleccionadas cuidadosamente por los etnógrafos. Una de ellas, recogida por Pearson, dice: «Malo, malo, malo hacer hijos con padre;—malo, malo, malo para el padre que los hace.—Bueno, bueno, bueno jugar

con los muchachos jóvenes;—bueno, bueno, bueno porque no se les hacen hijos.»

Estas canciones y conversaciones libertinas las cantaban los indígenas cuando se hallaban en el campo entregados a sus labores agrícolas, lejos de los europeos y de los isleños fanáticos, que formaban el cuerpo de espías de los misioneros.

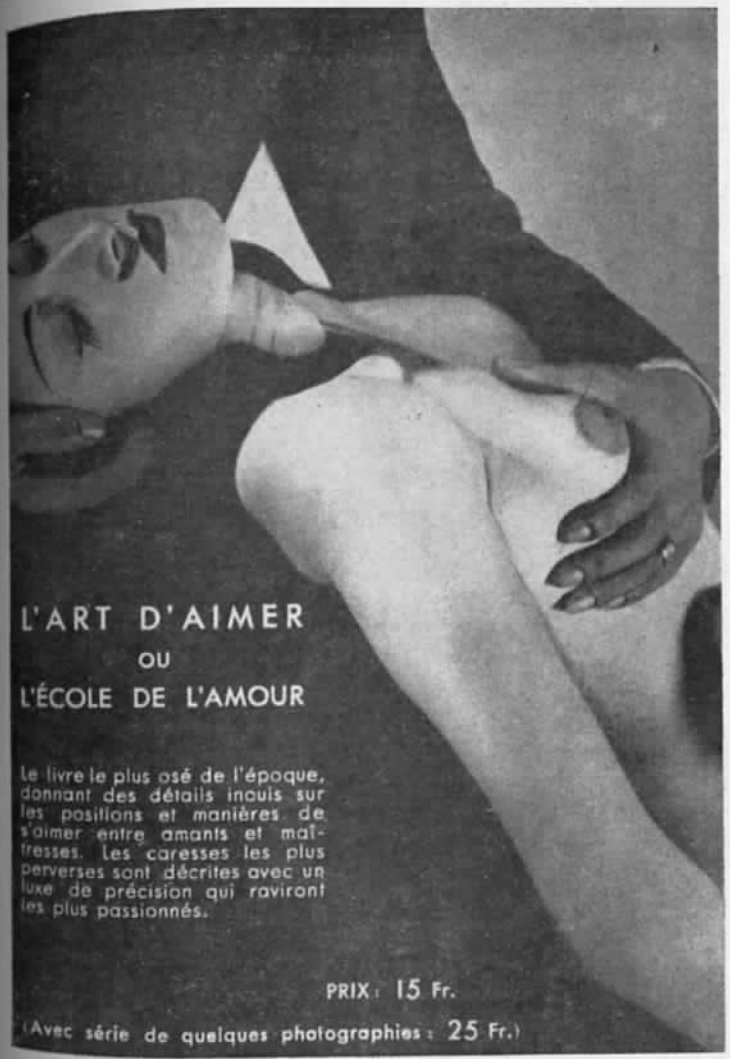
Entre los indios brasileños, gentes que viven poco menos que en las mismas condiciones que los hombres primitivos, los misioneros dominicos destruyeron buena parte de sus remotísimas costumbres, sin acabar con el canibalismo ni inculcarles otras ventajas de la civilización que no fuesen el fanatismo religioso de los católicos intransigentes. No obstante, en una ocasión varios indios penetraron por la noche en una capilla, y descolgando de su hornacina a la imagen de una santa, intentaron «santificarse» mediante la realización de un acto sexual imposible.

Me refiere un amigo que la pornografía llegó a desarrollarse de tal forma entre estos indígenas, que la mojigatería se manifestaba, a la vez, en las expresiones más absurdas. Por ejemplo, mientras algunos indios habían construído toscas imágenes que simulaban el acto de la copulación, otros intentaron cubrir la efigie desnuda del Redentor, por estimar que los dioses debían dar ejemplo de honestidad, para que también la practicasen los creyentes. Esta lógica pura no tiene discusión.

Todo contribuye a demostrar de una manera incuestionable que la pornografía en todas sus formas, desde la más humorística a la más obscena, se desarrolla a medida que crecen las restricciones y prohibiciones en la manifestación de los impulsos naturales.

Esto no quiere decir que para nuestra apreciación no sean pornográficos algunos aspectos del folk-lore de muchos pueblos; pero lo indudable es que para ellos no tiene el mismo valor, pues lo mismo las narraciones que las imágenes constituyen un elemento de diversión completamente honesto, lo mismo entre las gentes humildes que en las familias de los jefes y gentes de mejor posición.

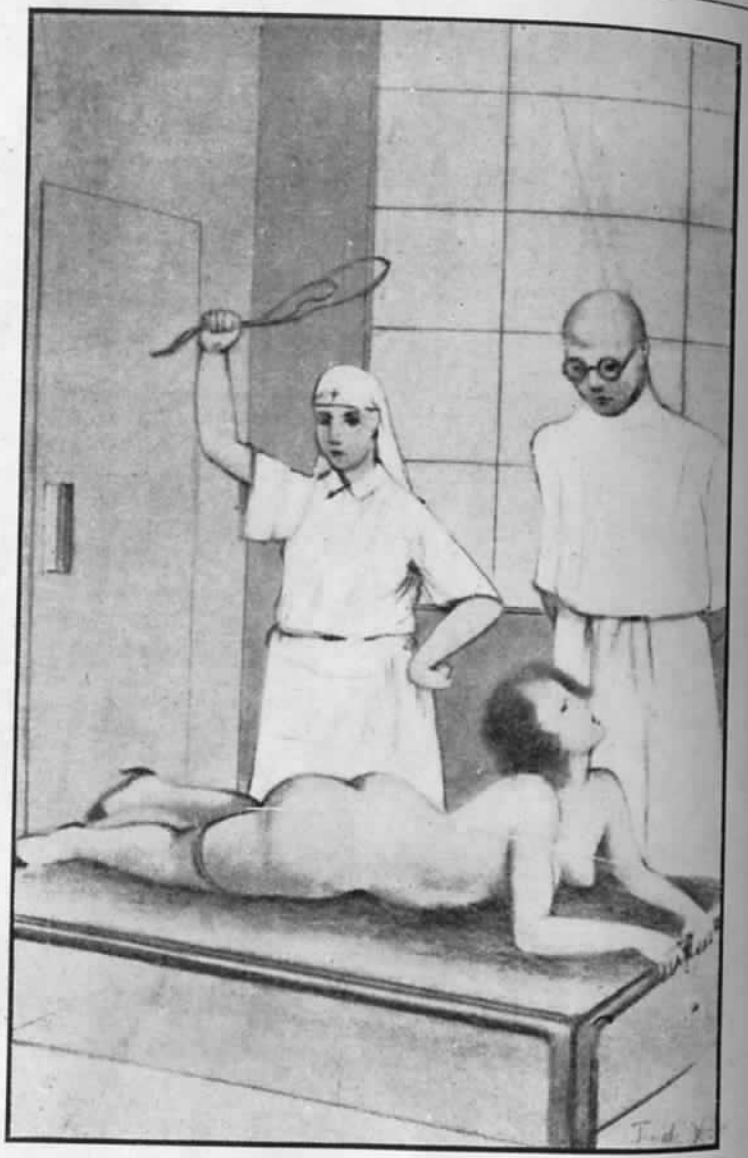
Una reminiscencia de estas costumbres podemos encontrarla en las razas civilizadas. El elemento obsceno de la conversación, de la imagen o de la lectura tiene más partidarios entre las gentes de sexualidad reprimida que en aquellas en que tales impulsos pueden mostrarse más libremente en virtud de la educación



LOS LIBROS PORNOGRÁFICOS

Portada de un libro francés finamente pornográfico de gran difusión, cuyo anuncio, traducido, dice: «El arte de amar o La escuela del amor». El libro más osado de la época, que da detalles inauditos sobre las posturas y maneras de amarse entre amantes. Las caricias más perversas son descritas con un lujo de precisión que cautiva a los más apasionados.

LAMINA VII



PORNOGRAFÍA PERVERSA

Lámina de un libro pornográfico-científico referente a las perversiones algolágnicas, titulado «El Doctor a latigazos», de un popular escritor francés.

LAMINA VIII

inferior, que tanto se aproxima a las normas éticas primitivas.

Los psiquiatras han observado este hecho en los manicomios. Las personas dementes, especialmente mujeres, que provienen de familias educadas, y muy particularmente de arraigados sentimientos religiosos, dan muestras de una obscenidad exagerada lo mismo en sus conversaciones que en sus actos, mientras que aquellas otras que en estado normal no estuvieron sometidas a frenos tan severos, como las de las clases inferiores de la sociedad y las prostitutas, rara vez dan muestras de ese libertinaje, sino que, al contrario, se conducen de una manera tan recatada, que en su demencia comprenden lo denigrante de la conducta de sus compañeras.

La libertad sexual, pero una libertad digna, bien controlada y sin mojigaterías es el mejor antídoto de la obscenidad, de la lubricidad y de las perversiones sexuales. Por fortuna, las nuevas generaciones, a no ser que se trate de sujetos anormales y de mala herencia, comprenden que la pornografía ha perdido terreno y acabará por desaparecer tan pronto como desaparezcan los moralistas de las generaciones fosilizadas, que en su persecución sistemática hacia todo lo que se refiera al sexo, sea literario o científico, están haciendo más daño a la juventud que las más refinadas excitaciones al libertinaje, ya que cuanto más atolondradamente se persigan las obscenidades, más malsano interés se despertará en las mentalidades débiles por gustar los encantos que en toda época tuvieron los frutos prohibidos.

«Hoy día, dice Bloch, priva el interés hacia las cuestiones sociales, científiconaturales e históricas, técnicas y filosóficas, y el deporte, sobre todo, ha adquirido tal preponderancia, que apenas le ha quedado alguna importancia a la pornografía, por lo cual no es de temer su reverdecimiento. De esto puede deducirse cuáles son los medios eficaces, si no de acabar, por lo menos de paralizar los perniciosos efectos de la pornografía: «cuidar de que el pueblo se instruya, aumentando las ocasiones para que pueda ilustrarse abaratando los libros». Una buena colección de libros entretenidos, morales, científicos, de viajes y de cultura general vendidos a precios ínfimos será el mejor antídoto contra los perniciosos efectos de la lectura de obras inmorales, que sólo sirven para hacer perder infructuosamente el tiempo, despertando malas pasiones e instintos»

ESPECTACULOS Y PERIODICOS

De «La corte de Faraón» a «La pipa de oro». Refinamiento de la sensualidad.—Cinematógrafo pornográfico.—Pornografía automática. En las casas de prostitución.—El arte en esta pornografía. — Los periódicos pornográficos. La pornografía en los diarios.—Anuncios de última plana.—Las señoritas honradas que solicitan protección de caballero, etc.—Misión del teléfono.—Modelo de anuncios.—Los casamenteros.

Era yo aún muy niño cuando se estrenó uno de los primeros ensayos de «revista» teatral con visos de pornografía : me refiero a «La corte de Faraón». Desde entonces hasta, por ejemplo, «La pipa de oro», título de doble sentido, y uno de los más completos «sucesos» de la última temporada teatral, es posible seguir paso a paso—no aludo a ningún apellido—el desarrollo de la pornografía en los escenarios del teatro español, aunque justo es reconocer que a este género no es posible llamarle «teatro».

En la primera obra citada, ni más ni menos ingeniosa que las demás que tanto éxito obtuvieron en la crítica y el público, aquellas licencias que hoy nos parecen tan inocentes e insulsas, hicieron las delicias de nuestros padres, que con gesto pícaro comentaban en las tertulias del café las alusiones a Putifar y a otros personajes babilónicos, sin olvdar los consejos del «coro de las viudas» :

Al marido después de la boda,
nada, nada, le debes negar,
pues con él en tu casa entra toda,
pero toda, su... autoridad.

Este «pero toda su...» era de lo más picaresco que podía escucharse en la edad del pavo de nuestros moralistas de hoy, que apenas si necesitaban de otros motivos para sentir encalabrinarse a su sexualidad.

Al mismo tiempo, o seguramente un poco más tarde, el género de «vodevil», que llevaron en triunfo por todos los escenarios de España la «Fornarina», la «Chelito»—que inspiró a Joaquín Belda, el pornógrafo más fino y más leído en sus buenos tiempos, su libro «La Coquito»—, y otras distinguidas protegidas de los más elevados personajes de aquella democracia convencional, vino a sustituir las zarzuelas o revistas de los primeros tiempos de la influencia francesa, que ya iban pareciendo demasiado «blancas» para los gustos de la época.

Además, ocurría lo que ya no se ve ahora : las artistas se sorteaban al final de la función : por dos números no «me tocó» una célebre prostituta que se exhibía en un escenario. Me alegro ahora, porque estaba prohibida la entrada a los menores, yo no tenía entonces más que catorce años, y la ya fallecida «doña Pepita», hada madrina de los estudiantes, no me daba un céntimo por los pocos libros que aún guardaba en estado pignorable.

Pero recuerdo, sí, que como aquellos espectáculos, crudamente sexuales, no se ven modernamente. Esto prueba que la sensualidad se ha ido refinando hasta tal extremo que, a pesar de la mayor libertad que indudablemente nos ha proporcionado la civilización, los moralistas no tienen derecho a decir que en «sus tiempos» las costumbres eran mucho más morales, ni siquiera más artísticas las manifestaciones de aquella brutal pornografía.

En el pequeño salón donde actuaba la «Chelito», los espectadores rugían como fieras lúbricas al olor de la carne fresca de la artista ; entonces empecé a comprender a Darwin y aun a los antropólogos que aseguran que en las primeras edades de la Humanidad el hombre practicó el canibalismo.

Con la difusión del cinematógrafo, la pornografía de carne y hueso fué sustituida por la de celuloide, que apenas podía exhibirse más que en representaciones privadas o de muy costoso acceso. Entonces ya no había eufemismos de ningún género, porque no sólo era mudo el espectáculo, sino que tampoco estaba rotulado. Ahora bien, los hechos se desarrollaban con una naturalidad asombrosa en la que no se omitía detalle, por obsceno y perverso que fuera. Estas representaciones «para hombres» florecieron en Barcelona sobre todo.

En la actualidad se siguen editando esas películas, sonoras y habladas, pero su difusión no es tanta. En Barcelona creo que se descubrió recientemente un local destinado a estas exhibiciones,

pero fué inmediatamente clausurado. Donde más films de esta naturaleza es posible admirar—y decimos *admirar,* puesto que aparte su finalidad están magníficamente ejecutados—es en Francia, y, sobre todo, en París. Algunas casas dedicadas a la venta de fotografías y libros eróticos—esto de «eróticos» se comprenderá que es un eufemismo—dan a sus clientes, muy numerosos, exhibiciones de esta índole. Además, en cualquier parque de atracciones, salón de variedades, bar, librería, etc., hay unos aparatos automáticos con dos oculares, los cuales, mediante la introducción en una ranura de una moneda de un franco, proyectan películas de corto metraje pero de larga intención. Hay aparatos especiales con películas «especiales» también, que sólo funcionan con monedas de dos francos. El propietario de seis de estos cinematógrafos automáticos, instalados en una librería, obtuvo un día, en un solo aparato, la respetable suma de 870 francos. Los espectadores, por lo general, son soldados de las provincias, campesinos y extranjeros.

El estereóscopo fué derrotado por estos aparatitos sistema «Pathé» de proyección animada, pero dichas vistas fijas hicieron verdadero furor hasta principios de siglo. Las películas se renuevan todas las semanas, y algunas mucho antes, no porque se acabe su actualidad, sino que a fuerza de ser proyectadas quedan completamente inservibles.

En algunas casas de prostitución y otros establecimientos semejantes, la proyección de películas pornográficas constituye uno de los espectáculos más atrayentes para los extranjeros. Los asuntos elegidos rara vez se refieren a la práctica normal del amor, sino que los temas están inspirados en todas las perversiones sexuales, especialmente la flagelación y todas las formas algolágnicas.

Aparte del cinematógrafo, prescindiendo de las revistas de desnudo que no pueden considerarse como obscenas, ya que se refieren a escenas mitológicas o humorísticas, pero en las que nunca falta el elemento arte perfectamente noble, hay saloncitos en los que se cultiva una pornografía exótica, si bien a base de actores y temas completamente indígenas. He tenido ocasión de presenciar una piececita titulada «Los amores de la reina de Saba», interpretada, sí, con mucho arte, con gran riqueza de decorado, vestuario, etc., pero que contenía en el gesto y en los actos la máxima obscenidad, desde luego bastante atenuada por la belleza del

lenguaje. Desde un punto de vista sereno, no habría gran inconveniente en afirmar que la obra era bella ; ahora bien, la intromisión de ciertos elementos perversos, como las intimidades de la reina con una de sus doncellas, destruían todo el encanto pornográfico «tolerable» de la composición.

Otros saloncitos están especializados en la representación de obritas referentes al bestialismo, en las que si resulta admirable el ingenio de los pornógrafos, no lo es menos la habilidad de que dan muestras los animales, perros, cabras y asnos, perfectamente domesticados y que actúan como seres conscientes. Uno de los asnos, un pequeño borriquillo egipcio, había pertenecido a una gran duquesa rusa, que lo vendió en 150.000 francos al propietario de uno de estos salones. Con este detalle, basta para hacer un cálculo de lo que será un negocio de tal naturaleza explotado en uno de los barrios más populosos de París.

También ciertos pasajes bíblicos han servido de pretexto artístico para la redacción de argumentos libertinos e incestuosos : «Les filles de Loth» es una piececita con ilustraciones musicales que se representa con todo realismo, desde que la honorable familia de Loth abandona Sodoma hasta que las dos hijas quedan convencidas de que, por su parte, no se extinguirá la raza israelita. Para mayor realismo, las dos mujeres que hacían de hijas de Loth eran dos judías alemanas, prostitutas, que tuvieron que salir del país ante los amables requerimientos de Hitler...

En Alemania la pornografía espectacular apenas si ha quedado relegada a los prostíbulos de soldados y a las tabernas inmediatas a los cuarteles. En Berlín, esto no obstante, hay cafés y cervecerías en cuyos sótanos tienen lugar representaciones teatrales, en las que no se omite el elemento pornográfico. Ahora bien, lo más atrayente de este género lo constituyen los clubs de invertidos, entre los cuales se reclutan los actores de las comedias más repugnantes y escandalosas. En este aspecto, puede decirse que la inmoralidad y la perversión se hallan sistemáticamente organizadas. Estos clubs se anuncian en los periódicos, así como los programas de los espectáculos, sin que por esto se escandalice la moral alemana.

En cuanto a Inglaterra, todo lo que sea flagelación puede decirse que apenas interesa. Los espectáculos de esta naturaleza no suelen ser públicos, sino que tienen lugar en los clubs, donde bajo la denominación de un título literario o artístico se ocultan las

más repugnantes prácticas viciosas que pueden imaginarse en el terreno algolágnico. Estas representaciones son cinematográficas y teatrales, y muchas de ellas se refieren a la esclavitud, detalle muy interesante por el que poder presumir el origen de muchos escándalos coloniales en los vastos dominios de Albión.

Otro aspecto de la pornografía, francamente en decadencia, es el de las revistas gráficas y periódicos obscenos. En todo el mundo existen publicaciones de este carácter, pero ya tan refinadas, que a veces no hay inconveniente en calificarlas de artísticas. Para el curioso español aficionado a estas cuestiones, apenas si habrá en nuestra lengua nada que pueda interesarle. Ya hace muchos años dejaron de publicarse «La Hoja de Parra» y «¡ Ahí Va !», lo más indecente, sobre todo la primera, que se ha impreso en español. Posteriormente surgieron otras publicaciones, mejor confeccionadas, pero que tampoco alcanzaron el favor del público ni las enormes tiradas de «La Hoja de Parra».

Esto prueba que la pornografía pierde terreno, al menos en sus aspectos más groseros y crudos. En Barcelona y Valencia se publican unas hojas en papeles de colores, pero tan indecentes y mal hechas, que el número y la calidad de sus lectores son más bien un motivo de investigación del clínico que del moralista reformador de costumbres.

Ahora bien, hay un género esencialmente pornográfico que se cultiva por algunos grandes diarios en las páginas destinadas a la publicidad económica. Difícilmente puede encontrarse nada más inmoral ni que más excite y facilite la satisfacción de los impulsos de la sexualidad viciosa que estos pequeños reclamos y anuncios de toda laya, que Bloch denominó «charlatanismo sexual», especialmente a lo que se refiere a los magnetizadores, quiromantes y adivinos que prometen la seducción de problemas amorosos por unos céntimos, y que, en realidad, no son más que mediadores en toda clase de relaciones deshonestas.

Los anuncios con fines sexuales en los periódicos, no tienen mucha antigüedad en España. Los primeros de que se tiene noticia en el extranjero aparecieron en un periódico inglés en el año 1695. Como curiosidad histórica, vamos a reproducirlos : «Un caballero de treinta años, que dice poseer una fortuna considerable, desearía contraer matrimonio con una joven dama que posea un capital de unas tres mil libras. Se haría un contrato adecuado.» Otro : «Joven de veinticinco años, con buen negocio, y cuyo padre

está dispuesto a darle mil libras, desea contraer matrimonio conveniente. Ha sido educado por sus padres en la religión disidente, y es abstemio.»

Esta clase de publicidad es la más inofensiva, al menos en apariencia. Ahora bien, si es cierto que algunos anunciantes pretenden, sinceramente, el matrimonio, los más no hacen otra cosa que echar anzuelos en el río revuelto de las grandes ciudades, donde siempre hay curiosas que muerden el cebo. Landrú se valió de este procedimiento para robar y asesinar a sus catorce conocidas víctimas.

Estos avisos son de varias clases, pero todas se refieren, como finalidad exclusiva, a la sexualidad, ya sea en su aspecto normal o con relación a las perversiones. Bloch, que coleccionó numerosos anuncios de todas clases, los clasifica así : I. Anuncios solicitando préstamos. II. Demandas de amistad y colocaciones. III. Anuncios de cambio de correspondencia. IV. Anuncios de habitaciones. V. Anuncios de lecciones. VI. Anuncios de citas. VII. Informaciones confidenciales y reservadas. VIII. Anuncios sexuales perversos.

Dentro de estos títulos generales, caben múltiples variedades más, según la modalidad sexual a que se refieran o dejen adivinar, y que casi siempre se conocen por el seudónimo en que se ampara el anunciante.

Entre los del primer grupo, en algunos periódicos de Madrid y Barcelona se pueden leer anuncios como estos :

«Joven distinguido, estudiante, de buena presencia, solicita préstamo de señora para terminar estudios, que pagaría en forma a convenir.»

«Empleada necesita préstamo señora caballero. Habla idiomas, otros refinamientos.»

«Señorita educada, decente, formal, solicita préstamo 35 pesetas, que devolverá en tres plazos.»

«Señorita huérfana ruega caballero buenos sentimientos sáquela apuro económico. Asunto reservado, nada curiosos ni bromistas.»

Por lo general, todas las mujeres que solicitan estos préstamos son prostitutas perfectamente conocidas por la Policía y que pasan reconocimiento sanitario como cualquier trotacalles. Comúnmente se sirven de un teléfono, cuyo número facilitan en el anuncio, y del que está pendiente una mujer mientras la interesada tiene que

atender a otros menesteres. Residen en casas de prostitutas matriculadas, pero siempre se hacen pasar por «señoritas decentes» que son amigas de la dueña del prostíbulo, haciendo resaltar bien que «nunca han tenido que recurrir a este procedimiento», cuando en realidad jamás recurrieron a otro para poder vivir.

El teléfono es el gran recurso de los tímidos, ya que de esta forma se entablan las conversaciones preliminares, que siempre son enojosas, especialmente para el hombre, y más que en el aspecto moral, en el puramente económico, que es la parte más grave. A los pocos segundos de conversación queda convenido el precio, y ya no hay más que hacer ; ella fija la hora exacta de la cita y el tiempo que puede conceder a su nuevo amigo, porque la distribución de las horas del día suelen tenerla siempre perfectamente hecha.

Otras veces, para que el encanto de la aventura sea mayor, lo que también depende de la cantidad convenida, la supuesta «señorita decente» cita a su solicitante en cualquier estación del «Metro», en una esquina, etc., llevando en la mano el consabido periódico u otro objeto parecido, que le sirva al galán para identificarla. Inmediatamente que llega él, la honesta dama hace detener al primer taxímetro, «porque no quiero que me vean». Estas son las armas más eficaces de la prostituta clandestina, es decir, de la que se anuncia con esa aparente clandestinidad y que constituye un rasgo psicológico que encanta a los hombres. Pero, en fin, esta materia es ajena al presente tema.

En el grupo segundo, tenemos las siguientes muestras de estilo, aunque son copia exacta de esos periódicos :

"Joven viuda, inconsolable, desea caballero distinguido y comprensivo que la asista con su consejo y compañía.»

«Muchacha provinciana, agraciada, dieciocho, desea protección caballero posición.»

«Caballero joven buena posición protegería 150 mensuales joven agraciada.»

"Caballero intimaría señorita discreta no profesional, relaciones íntimas sin perjudicarla.»

Otro muy parecido es este :

«Protegeré señorita honrada sin temor deshonra otros peligros.»

También los hay de carácter homosexual :

«Señora extranjera entablaría amistad, protegería económicamente si es necesario, a señorita gustos modernos.»

«Joven estudiante refinado desea protección caballero edad.»

Bloch copia varios anuncios de periódicos alemanes y autriacos, semejantes a los que pueden verse en nuestros rotativos:

"Joven suizo vigoroso (!), de veinticuatro años, con buenas referencias, desea colocación cerca de señor solo.» «Joven extranjero, veinte años, de agradable presencia e ideal pensar, desea puesto de secretario o compañero de caballero solo en buena posición, aunque sea anciano.» «Joven muy honrado, amable y simpático, que actualmente es empleado del Estado, desea encontrar antes de Navidad un señor *rico, bondadoso* y *solo* al que pueda servir de compañero en la vida, haciéndole grata ésta y no se separaría nunca de él, cumpliendo fielmente todas las obligaciones que se le exigieran.»

Los que solicitan correspondencia, obedecen, igualmente, a fines inmorales, aunque se disfracen con un ropaje romántico como el siguiente:

«Señorita distinguida desea relacionarse con joven culto, fuerte, moreno y de alguna posición para sostener correspondencia agradable.»

«Caballero gustos refinados relacionaríase señorita agraciada, humilde posición para sostenimiento correspondencia apasionada.»

«Señorita residente en provincias entablaría relaciones correspondencia con señorita joven, fina, elegante y comprensiva de gustos modernos.»

«Señora aristócrata, temperamento enérgico y buenos sentimientos, protegería señorita distinguida a cambio correspondencia agradable dos o tres veces al mes por medio largas cartas explicando sentimientos muy íntimos. Caso convenir, entrevistaríanse dos días todos los meses, pagando yo gastos viaje.»

Los anuncios de habitaciones, solicitándolas y ofreciéndolas, expresan claramente la intención de los anunciantes:

«Señora sola ofrece habitación a huésped serio, estable.»

«Cederé habitación a señorita artista o empleada sin cobrar pensión. Enviad retrato, será devuelto caso no convenir.»

«Deseo habitación céntrica, independiente, derecho admitir novio.»

«Deseo habitación calefacción, baño, derecho novia.»

«Doy habitación a señorita discreta, no importa novio.»

«Señorita desea habitación discreta recibir visitas.»

Aparte estos anuncios, están los que ofrecen habitaciones-taxis:

«Gabinete reservado sitio céntrico sólo tardes.»

Todavía los hay mucho más claros:

«Habitaciones confort moderno por horas, desde tres pesetas en adelante.»

«Hotel X..., calle Z..., habitaciones desde veinticinco pesetas, entrada automóviles. Máxima discreción.»

Estos hoteles son los que visitan con frecuencia las artistas ligeras de cascos.

Los de lecciones se redactan de la siguiente forma:

«Joven francesa de París da lecciones individuales, método rápido y agradable.»

«Señorita alemana cambiaría idioma con joven español a cambio pagar él gastos teatros, bailes dos días en semana.»

Los de citas responden casi siempre a la violación del noveno mandamiento por parte de la mujer, por lo menos.

«Fulanita, recoja carta su continental antes hora indicada anterior.»

«Señora abrigo gris, guantes blancos, zapatos medias grises tomó ayer tranvía Colón, descendió Argüelles siete y media tarde, suplícole dé dirección cite hoy mismo. Estaré siete a ocho cerca «Metro» Ríos-Rosas coche Roadster Chrisler amarillo claro.»

«Marchó donde sabes; espérame siete tarde parada tranvía Cibeles.»

«Suspendió viaje; imposible acudir cita convenida.»

«Iré acompañada. Vete pronto café; procura conservar mesa; nosotros te suplicaremos sitio."

Acerca de las informaciones reservadas, escribe Bloch: «Sirven para que por medio de la Prensa se anuncien individuos que, mediante honorarios, generalmente muy elevados, observan sigilosamente la vida y costumbres de determinadas personas por todos los medios de un detectivismo sin escrúpulos, son llamados a declarar en los procesos de divorcio, y en todas las disensiones familiares promovidas por maridos celosos desempeñan importante papel. Constituyen un verdadero cáncer social, contra el cual, para combatirlo, toda energía será poca.»

Los que se refieren a las perversiones, son una novedad muy reciente en algunos periódicos. Esas señoritas que dan masaje «a

señoras y caballeros», conocen todas las variedades de la algolagnia:

«Señorita masajista agraciada, por procedimiento estimulante sensacional."

«Masaje especial a señoras y caballeros por método novísimo refinado.»

«Grandes sensaciones por masajista francesa joven, especializada masaje corporal.»

Por este estilo pueden leerse anuncios en periódicos completamente serios—la seriedad es compatible con estas cosas—que hacen grandes tiradas. Otros avisos se refieren a la trata de blancas con el disfraz socorridísimo de la demanda de estrellas cinematográficas, empleos para señoritas, etc. Todos ellos tienden a lo mismo, y aunque muchas personas acuden al reclamo con las mejores intenciones, sin la menor sospecha, la mayoría saben ya a qué atenerse. Tan divulgado está el procedimiento, que en muchos se hacen advertencias como esta: «Protegeré señorita agraciada. Inútil busconas y *profesionales del anuncio.*» Huelga decir que el que esto inserta es también un profesional de la publicidad de última plana.

Si todo esto no es la pornografía organizada, con sus órganos de propaganda y todo, que venga Dios y lo vea. Los periódicos que se dedican a este género de publicidad en Francia, Alemania, Austria, etc., suman centenares, pero con la diferencia sobre los españoles, que cobran por líneas de treinta letras a razón de unas seis pesetas línea. Aquí, bastante más económicos, una línea no paga mucho más de cincuenta céntimos.

Ya desapareció el furor de las «madrinas de guerra», y ahora se solicitan "madrinas de paz". La finalidad que persigue el anunciante no es muy lícita que digamos la mayor parte de las veces; por lo general, se trata de individuos que buscan un «modus vivendi»; cuando cumplen el servicio, la madrina suele haberles encontrado un empleo de cualquier clase, o por lo menos está en condiciones de atender al ahijado económica y amorosamente hasta que el porvenir se resuelve de algún modo.

Todos los anuncios «sospechosos» de esta índole consituyen muchas veces materia de investigación policial, pues cuando no se trata de vividores, no cabe duda que la moral tampoco anda de por medio.

Aparte de los periódicos diarios, no tengo noticias más que de

una revista en la que sus anunciantes, al decir de la Empresa editora, no persiguen más finalidad que la del matrimonio honesto, lo que prueba facilitando los nombres, la edad, la profesión y el domicilio de los candidatos, disponiendo además de un buzón particular y reservado para cada uno de sus clientes.

Estos oficios casamenteros y de otra índole los practican individuos aislados, cuyos anuncios son éstos: "¿Queréis proteger a señoritas honorables y bellas? Escribid apartado X enviando sello.» Y este otro: «Relaciono caballeros con señoritas distinguidas.»

La pornografía, como vemos, no se limita sólo al libro, a la imagen, al espectáculo, etc., sino que invade también los sitios «en donde menos se piensa». La solución de este problema tan complejo no es tarea fácil mientras que sus incógnitas estén sujetas a la sola ley de la oferta y la demanda, que es la que en casi todos los tiempos ha regido en las manifestaciones de la sexualidad de los civilizados. Se podrá, si se quiere, variar la forma, pero el fondo no podrá modificarse nunca, pese a los esfuerzos, pocas veces acertados, de las autoridades y los moralistas.

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Pornografía y etnografía 16

LAMINA II
Mujeres casadas del Paraguay 17

LAMINA III
Soltera del Paraguay 32

LAMINA IV
La pornografía en el arte 33

LAMINA V
La pornografía en el arte 48

LAMINA VI
Pornografía francesa 49

LAMINA VII
Los libros pornográficos 64

LAMINA VIII
Pornografía perversa 65

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

LA PORNOGRAFIA EN LAS RELIGIONES

Las fuentes de inspiración erótica.—¿Dónde está la obscenidad?—Definición apropiada de la pornografía.—La pornografía por razones de Estado.—En la Iglesia moderna.—Lo que justifica la natalidad.—Guerra al celibato. Los sacerdotes franceses.—Pornografía de las «buenas letras».—Lugar y tiempo.—La Biblia. Las narraciones pornográficas.—Los místicos obscenos.—Razones de esta literatura.—La Biblia contra la mojigatería 9

PORNOGRAFIA Y DESNUDEZ

La inmoralidad del desnudo.—El vello púbico. El arte y la obscenidad.—La erótica y el vestido.—El desnudo opuesto a la procreación. Falda corta y falda larga.—Lucha de clases. Las circunstancias del lugar.—Fundamentos de la mojigatería.—La liga contra la inmoralidad.—Origen de la pornografía.—La razón de las protestas de los supuestos moralistas. Diferencia entre el arte erótico y pornográfico.—La interpretación de un jurado 25

LA OBSCENIDAD EN LA IMAGEN Y EL LIBRO

El amor humano como inspirador del arte. Sexualidad y humorismo. — La sexualidad, el apetito y el sueño.—Humorismo escatológico. Pornografía grosera. — La pornografía en las estampas orientales.—La pornografía en Europa.—Cómo operan los vendedores.—Confección del material.—La obscenidad, compatible con el arte.—Pornógrafos célebres.—Literatura.—Su importancia para el clínico.—La estéril lucha contra la pornografía 41

Páginas

PORNOGRAFIA Y CIVILIZACION

La libertad sexual, incompatible con la obscenidad.—El adulterio en los pueblos primitivos.—Literatura pornográfica en Cambodge. La mujer del guitarrista.—Canciones populares.—La pornografía del beso.—El Príncipe Azul y la Bayadera Blanca.—La civilización creadora de lo obsceno.—Informe de un antropólogo.—Los dos extremos.—La obscenidad del desnudo de Cristo.—La obscenidad en los manicomios.—El antídoto 55

ESPECTACULOS Y PERIODICOS

De «La corte de Faraón» a «La pipa de oro». Refinamiento de la sensualidad.—Cinematógrafo pornográfico.—Pornografía automática. En las casas de prostitución.—El arte en esta pornografía. — Los periódicos pornográficos. La pornografía en los diarios.—Anuncios de última plana.—Las señoritas honradas que solicitan protección de caballero, etc.—Misión del teléfono.—Modelo de anuncios.—Los casamenteros 67